



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura

La Ciudad y el Río:
Interacción ideológica entre urbanismo y literatura en
El Río de Alfredo Gómez Morel

Tesis para optar al grado de Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica

Mención: Literatura

Lucas Puentes Garri

Profesores guía: Sergio Caruman Jorquera y David Wallace Cordero

Santiago de Chile, 2020.

Agradecimientos

Agradezco a los profesores y profesoras de la carrera, que durante todos estos años alimentaron la curiosidad y la inquietud que desembocaron en este trabajo. Agradezco también a los compañeros, compañeras y profesores del seminario de grado, con quienes se conformó una fértil comunidad virtual en uno de los años más extraños que he vivido. También doy gracias a mi familia, desperdigada en dos regiones diferentes, por siempre apoyarme en mis ambiciones, y haberme entregado durante este año todas las condiciones posibles para hacer realidad esta investigación. Pero por sobre todo agradezco a mis amistades: las amistades que me presentaron a Alfredo Gómez Morel, las que me enseñaron sobre arquitectura, las que me consiguieron libros, las que me ayudaron a corregir, y todas aquellas amistades que, incluso en la distancia, me sostuvieron emocionalmente durante este proceso. Solo espero tener la oportunidad de verlos en persona nuevamente, y agradecerles.

*¡Ciudad hormigueante! ¡Ciudad llena de sueños,
Donde el espectro a pleno día atrapa al que pasa!*

Como la savia fluyen por doquier los misterios

En las angostas venas del coloso potente.

— Baudelaire, “Los siete viejos”

Soy el grito del Mapocho

La garganta de la vega

El agua del cementerio

Soy la mano que la lleva

— La Cuadrilla, “El grito del Mapocho”

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN.....	6
MARCO TEÓRICO	14
Sobre una definición de ideología.....	14
Conceptos funcionales para el análisis del discurso	18
Sobre la prueba de conmutación.....	21
La mirada dialéctica.....	22
Respecto a la ciudad y su conceptualización urbana	24
La urbe y el urbanismo.....	24
El río como espacio público	27
CAPÍTULO I. SOBRE LOS DIFERENTES ESPACIOS URBANOS REPRESENTADOS EN LA NOVELA, Y LA PREDOMINANCIA DEL RÍO.....	29
Estación Mapocho.....	30
La vega.....	33
El reformatorio.....	35
La cárcel.....	36
El Río Mapocho	38
CAP II. LA CIUDAD, PROPIA.....	44
Las dos ciudades de Santiago	44
El higienismo	47
La cuestión urbana	49
Proyectos del río Mapocho y su presencia en <i>El Río</i>	51
Relación entre ideologías de siglos diferentes	54
CAPÍTULO III. EL RÍO, BÁRBARO	58
Las manifestaciones de la ideología de los hijos del Río	61
Aparatos e instituciones: la jerarquía del hampa.....	61

Prácticas sociales: compartir el café.....	67
Prácticas sociales discursivas: emitir juicio y contar cuentos	69
Estructuras espaciales: el territorio fluvial	72
Sistemas semióticos: la moda del hampa	77
Legitimación de la ideología de los hijos del Río.....	78
CAPÍTULO IV. ANÁLISIS DEL DISCURSO DE LOS HIJOS DEL RÍO	84
Fragmento 1: el juicio fluvial.....	86
Fragmento 2: consejo al salir de la cárcel.....	88
Fragmento 3: el interrogatorio	91
Fragmento 4: conflicto en la cárcel tras jugar a las bolitas.....	93
Resumen del análisis.....	96
CONCLUSIÓN	100
BIBLIOGRAFÍA	107
Bibliografía principal	107
Bibliografía crítica	107

INTRODUCCIÓN

Desde los albores de la modernidad ha existido una estrecha relación entre la ciudad y la literatura, ya sea como tropo narrativo, escenario teatral o motivo lírico. Pero pudo ser Walter Benjamin (1972) quien por primera vez notó que esa relación puede tener que ver no solo con una cuestión artística, sino también con problemas contextuales: desde su punto de vista la relación ya no es solo entre literatura y ciudad, sino entre literatura y urbanismo, entendidas como objetos insertos en el orden del discurso. Tras la obra de Benjamin empezamos a cuestionarnos cómo el diseño urbanístico de la ciudad y los discursos que le dan sentido afectan, influyen, contextualizan y se reproducen dentro de la ficción literaria. Por ejemplo, en su conocida lectura sobre el París del Segundo Imperio en Baudelaire, afirma:

Difícilmente se hubiese podido el callejeo desarrollar toda su importancia sin los pasajes. ‘Los pasajes, una nueva invención del lujo industrial’, dice una guía ilustrada del París de 1852 (...) Y en este mundo está el ‘flâneur’ como en su casa; agenciaba cronista y filósofo (Walter Benjamin 51)

La importancia de los pasajes y los bulevares para el *flâneur* va más allá de un aspecto tópico vertido en su escritura: la ciudad no es sólo materia de representación, sino que además es el contexto permite su existencia. No se trata sólo del telón de fondo que afecta la actividad creativa de los agentes literarios, sino de un tejido urbano que permea y se proyecta dentro del texto. Yendo más lejos, podría decirse que la representación de la ciudad en la literatura moderna deja de significar la ausencia de lo representado para convertirse en la inexorable huella de su presencia: la literatura existe en la ciudad en la misma medida en que la ciudad existe dentro de la literatura.

La pregunta que se produce a continuación es ¿por qué las ciudades son como son? Si son tan importantes e influyentes en la literatura no puede ser ajeno al quehacer de la crítica literaria el preguntarse cómo afectan las características particulares de cada contexto urbano a los escritos que dentro de él y acerca de él se producen. Solemos tomar la ciudad en la literatura como viene, pero Benjamin se cuestiona el por qué llega a ser, el cómo llega a ser y finalmente, gracias a quién llega a ser como es. Es en esta línea de cuestionamientos que piensa en la figura de Haussmann, quién a través de la transformación de París lleva una ciudad de diseño medieval, al ideal de la modernidad. Expropiando terrenos, demoliendo edificios, abriendo calles y trazando espacios públicos, Haussmann, el “*artista démolisseur*” (188), cambió todo el trazado de la ciudad de París a través del urbanismo y la arquitectura pública, lo cual tuvo un efecto enorme en la literatura. ¿Cómo no van a escribir cosas diferentes los *flâneur*, si la ciudad ahora es otra?

La pregunta por el *quién* respecto al diseño urbano de una ciudad conlleva necesariamente un cuestionamiento por la ideología detrás de la toma de decisiones. Claro está que Haussmann no recibió el encargo de transformar París sólo para embellecerla: “La verdadera finalidad de los trabajos haussmannianos era asegurar la ciudad contra la guerra civil” (Benjamin 188). Esta idea de urbanismo como una expresión de ideología me permite leerla como emisión discursiva: el diseño mismo es el texto, y la ideología que lo guía, las huellas del contexto. Se crea así una relación directa entre el discurso emitido a través del diseño urbano y aquel emitido a través de la literatura producida en dicho contexto, toda vez que ésta se ve afectada por y efectuada en aquel diseño urbano.

La línea de pensamiento anterior me llevó a preguntarme: ¿qué particularidades tiene esta relación en la historia de Chile?, ¿qué obras o líneas literarias existen influenciadas y

relacionadas con un discurso ideológico emitido por la toma de decisiones urbanísticas? La crítica ha demostrado una y otra vez que la literatura chilena tiene una estrecha relación con el entorno urbano, pero mi mirada se detuvo en *El Río* (2012), novela escrita por Alfredo Gómez Morel y publicada por primera vez en 1962.

Tres razones me llevaron a estudiar *El Río* con esta lógica de discurso urbanístico en mente. En primer lugar, su estrecha relación no sólo con el espacio urbano, sino con escenarios detallados que pueden ser ligados a proyectos urbanos específicos como la estación Mapocho, la Vega Central y, por supuesto, el río Mapocho. En segundo lugar, su carácter realista y pretensión autobiográfica (es decir, conjuntamente verosímil y veraz), ya que el autor presenta esta novela como un manifiesto de vida y jura que todos los eventos narrados son veraces, aun cuando al ser ficción no podemos tomarla por completo como una obra documental. De esto se desprende la tercera razón: su alto nivel de detalle en la representación del tejido urbano permite rastrear con cierta seguridad la relación entre los espacios narrados y el contexto histórico que a través de ellos se manifiesta.

Un último motivo, en el que quisiera detenerme con mayor extensión, es la dualidad interna que presenta. En la gran mayoría de las novelas urbanas, incluyendo las del género realista, la ciudad se suele presentar como un todo que posee diferentes capas, niveles y profundidades, pero finalmente funciona como un solo gran sistema de inmensa complejidad. *El Río*, en cambio, presenta una gran división entre lo que la novela denomina ‘la Ciudad’ y ‘el Río’, lo que indica una carga ideológica intensa por parte no solo del autor, sino de los personajes que encarnan esta polaridad al interior del espacio urbano de Santiago de Chile.

El Río es una novela donde el narrador cuenta diferentes episodios de su vida viviendo en el río Mapocho. Partiendo con su nacimiento, se narran las situaciones que lo llevaron

lentamente a sentirse tentado por la vida en el Mapocho, sus años viviendo allí y todas las circunstancias que lo llevan finalmente a abandonar la ciudad. La novela dice contar la historia del mismo autor, y tiene dos secuelas que dejaré por completo fuera de este análisis. Desde el punto de vista que defenderé a través de mi argumentación, se trata de una obra que logra entregar una mirada profunda al mundo urbano santiaguino de 1920 y 1930, con especial énfasis en la sociedad criminal del hampa mapochina, cuyos participantes se llaman a sí mismos dentro de la novela 'los hijos del Río'. El viaje del narrador nos muestra las múltiples reglas y códigos que se respetan dentro de dicha sociedad, los rituales, los rangos y las estructuras; pero, por sobre todo, habla de la lucha interna y externa, material y simbólica, ideológica y espiritual, entre el Río y la Ciudad.

Esa carga ideológica dentro del mundo ficcional de la novela nos llama a examinarla como emisión discursiva, para poner en evidencia su contraste con el discurso urbanista que configura el Santiago de 1920 y 1930, una ciudad posterior a todos los proyectos y reformas del centenario de la patria.

Una cosa que debo aclarar de antemano es cómo me referiré al narrador y protagonista, ya que no solo se le entregan numerosos nombres a lo largo de la novela, sino que también comparte nombre con el autor de esta. Toño es el nombre que le dan los hijos del Río al protagonista, y es el que lleva con mayor orgullo y seguridad durante el relato, por lo que me referiré al protagonista y narrador de la historia como 'Toño', a diferencia de Gómez Morel, o Alfredo Gómez Morel, que utilizaré para referirme al autor de la novela, independiente de que esta sea o no la historia de su vida. En la novela también se utilizan mayúsculas para referirse a ciertos espacios urbanos que tienen una poderosa carga para la ideología de los hijos del Río en la mirada de Toño, como Ciudad, Río, Puente, Cauce, etc...

por lo cual utilizare esas mayúsculas cuando me refiera a estos espacios desde la visión que le da la novela.

El presente informe tiene como principal objetivo identificar el efecto ideológico del diseño urbano de Santiago de Chile en la novela *El Río* y caracterizar la relación entre dicho discurso, y el emitido por los personajes de la novela. Se compone principalmente de cuatro capítulos, cada uno asociado a los objetivos específicos que guían el proceso.

El primer capítulo tiene como objetivo examinar diferentes espacios urbanos representados en *El Río*, y a través de la metodología estructuralista conocida como ‘prueba de conmutación’, identificar los diferentes niveles de importancia que tienen dichos espacios para la coherencia local y global de la novela. Este capítulo carga con el fin práctico de poder elegir, entre todos los diferentes y específicos espacios urbanos reconocibles en los que se desarrolla la novela, cuál o cuáles analizar, ya que rastrear todos los proyectos urbanos asociados a cada uno de dichos espacios resultaría un trabajo de mucha más larga data, aunque sin duda sería interesante.

El segundo capítulo se despliega a partir de la previa elección del espacio a analizar, y tiene por objetivo identificar y caracterizar la ideología que configura la ciudad de Santiago tal como se presenta en la novela. Para ello me enfocaré en la figura de Benjamín Vicuña Mackenna y su propuesta para las reformas urbanas en el marco de celebraciones del centenario de la independencia., Si bien el mismo intendente no estuvo a cargo durante todas las décadas que llevó el proceso de modernización de Santiago, sí fue su propuesta ideológica la que sirvió de guía para todas las reformas y los arquitectos que estuvieron a cargo de ellas. Por ello, este capítulo se enfocará en la ideología de ‘la ciudad propia’ propuesta por Vicuña

Mackenna, y también delinearé los proyectos urbanos específicos que me interesan para el análisis de la novela.

Para el tercer capítulo entraré ya mucho más de fondo en *El Río*, identificando y definiendo la ideología de los hijos del Río a partir de los diálogos de algunos personajes y las explicaciones que entrega el narrador. Este capítulo pretende caracterizar esta ideología como tal, utilizando parámetros teóricos para examinar que en efecto sea una ideología, y no solo un conjunto de ideas o supersticiones comunitarias. Aquí definiré a fondo muchas de las reglas, tradiciones, rituales y jerarquía interna de los hijos del Río.

Una vez identificada la ideología que conforma el contexto de la novela, y caracterizada la ideología a la que se adscriben los personajes, queda evidenciarla. El cuarto capítulo consistirá en hacer un análisis del discurso ideológico de los personajes de *El Río*, para mostrar y evidenciar la presencia de aquella ideología delineada en el capítulo tres, y relacionarla con el contexto entregado por la definida en el capítulo dos

Esta tesis fue escrita durante en el año 2020 en plena pandemia del COVID-19, enfermedad que cayó en descontrol en medio de un contexto de lucha social y desobediencia civil en Chile, vivida desde octubre del 2019. Ambos eventos guardan una estrecha relación con las ideologías expuestas en este escrito, que también carga con las dificultades propias de tratar de escribir fingiendo normalidad en uno de los años más extraños y peligrosos de nuestra historia reciente:

Todos andaban azorados, pidiendo noticias y comentándolas de mil maneras, acudiendo a las boticas en demanda de las recetas más recomendadas, de los desinfectantes más activos;... un jabón de ácido fénico era un artículo precioso, que muy pocos podían conseguir (Romero 189)

Esta cita, que parece ser una noticia del mes de marzo en Chile, corresponde a un testimonio sobre los tiempos previos a la llegada del cólera a nuestro país en 1886. Esa clase de paranoia, probablemente justificada, tan símil a la que vivimos este año, da cuenta de la mirada higienista que todavía se mantiene en la ilusión de la ciudad propia. Hoy, más que nunca en nuestra contemporaneidad, sentimos la enorme vulnerabilidad del sistema en el que vivimos, la ilusión de la ciudad propia se rompió, solo lo más privilegiados pueden hacer sus vidas con normalidad desde el encierro que implica una pandemia mundial.

Y yo, tuve el privilegio de escribir sobre una ciudad en la que no pude poner pie durante todo este proceso de redacción.

Los hijos del Río, si bien guardan una ideología, no son guerreros sociales, no buscan un mundo mejor para todos de forma equitativa, ya que ven como el enemigo a todo lo que la ciudad representa, desde sus estructuras sociales hasta sus edificios. Pero si bien la postura de este grupo no es la misma que se ha visto desde el año pasado en las calles, la división parece ser la misma: la Ciudad sigue siendo la clase dominante, la clase política a la que sirves o quedas fuera, que asegura su supervivencia y dominio, que tiene entre sus herramientas las fuerzas de orden público y no duda en desatar la brutalidad policial en contra de aquellos que se le oponen. El Río sigue siendo el grupo rechazado, la ciudad bárbara que pulula en los suburbios y en algunos rincones de la ciudad propia, y si bien el ideal es diferente hoy en día, y existe una unidad humanitaria que los hijos del Río no presentan en la novela con nadie más que ellos mismos, hoy también el Río se desborda, responde, ataca y resiste la dominación de la Ciudad, en una lucha que explotó de la noche a la mañana al no poder aguantar más las medidas de opresión económica y social que la Ciudad llevaba tantos años ejerciendo impunemente sobre nosotros.

Creíamos ser Ciudad, pero una subida de pasaje nos hizo darnos cuenta de que siempre fuimos Río, y los ríos crecen y se desbordan cuando quieren recuperar el terreno que las ciudades les arrebatan.

MARCO TEÓRICO

Sobre una definición de ideología

Solo puedo empezar declarando que en esta tesis no voy a entregar una definición máxima y definitiva para el concepto de ideología, pero sin duda voy a intentar armar, sino una definición, por lo menos una discusión de conceptualizaciones que me entregue las herramientas prácticas necesarias para analizar las ideologías que configuran los espacios de *El Río*, y aquellas que surgen dentro de la ficción del texto.

Terry Eagleton define, de manera probablemente irónica y preliminar, la ideología como “lo que persuade a hombres y mujeres a confundirse mutuamente de vez en cuando por dioses o por bichos” (15), esta idea, por mucha intención cómica que pueda tener, carga con mucho sentido ya que la ideología puede ser, en efecto, una de las pocas razones capaces de llevarnos a conflictos violentos sin tener que ver directa o necesariamente con necesidades básicas de supervivencia.

Como seres humanos somos capaces de creer que una ideología puede tener suficiente peso como para arriesgar nuestras vidas por ella, eso se debe a una oposición inherente a la misma idea de ideología que expresan algunos autores, como por ejemplo, Julieta Haidar que rastrea entre las definiciones clásicas de ideología dos principales sentidos: “el primero la define como falsa conciencia, como distorsión de la realidad (sentido restringido); y el segundo, como conciencia verdadera por la cual los hombres se dan cuenta de los conflictos sociales (sentido amplio)” (47), lo cual por muy contradictorio que parezca, tiene mucho sentido no al mirarlas como sentidos mutuamente excluyentes, sino como un “un fenómeno complejo en el cual existen dos polos, lo que implica construir un continuum desde la falsa hasta la verdadera conciencia, para abarcar los dos sentidos opuestos” (47). Pensar el

concepto de ideología como este continuum que oscila (recurrentemente de forma violenta) entre la falsa conciencia y la conciencia verdadera me ayuda bastante para poder aproximarme a ideologías como las presentes en *El Río*, que son a la vez muy perceptivas en algunos ámbitos, pero ciegas al resto.

Si bien la definición que entrega Haidar me sirve como un eje para posicionar en que polo se encuentran ciertas expresiones ideológicas, necesito algo más específico para poder caracterizar ideologías que no se declaran a sí mismas como tales.

Olivier Reboul, en *Lenguaje e ideología* (1980/1986), presenta una disección sumamente acabada y precisa sobre: los tipos de ideología, los cinco rasgos de toda ideología y las formas de legitimación de estas.

La forma en que una ideología se relaciona con el poder (o deseo de poder) que la constituye, define, para Reboul, su tipo. En este parámetro presenta tres categorías.

Primero están “las ideologías *difusas*. Son las constituidas por un complejo de creencias ampliamente extendidas, y sirven para justificar el poder en vigencia. (...) Estas ideologías son inconscientes y no se expresan más que cuando se ven cuestionadas.” (Reboul 23), da como ejemplo para este tipo las ideologías de los médicos, los militares, los docentes, etc....

En segundo lugar, se encuentran “Las ideologías *sectarias*. Propias de tal o cual minoría que aspira a tomar el poder, se hallan en abierto conflicto con la ideología difusa, con las “ideas recibidas”. Mientras la ideología difusa justifica la inmovilidad, consagra el estado de hecho como “natural o “inevitable”, la ideología sectaria desprecia lo que está y predica el cambio.” (Reboul 24), una de las características más importantes que señala

Reboul sobre este tipo, consiste en que no suelen definirse a sí mismas como ideologías, sino como “doctrinas”, “sistemas”, “pensamientos”, etc.... (idem). Se entiende que un progreso natural una ideología *sectaria*, al alcanzar sus objetivos a través de la acción, debería pasar a un estado más pasivo como ideologías *difusas*, ya que al tener definido el *estatus quo* solo necesitan actuar de forma reactiva.

El tercer y último tipo que caracteriza Reboul son las que denomina como: “*segmentos ideológicos*, o ideologías segmentarias. Entiendo por tales los complejos de creencias que se encuentran dentro de ideologías muy diferentes (difusas o sectarias). Por ejemplo, el nacionalismo, el racismo, el clericalismo, el sexismo.” (idem), lo complejo de este último tipo es que, dado su carácter segmentario, pueden ser identificados en las otras dos categorías.

Respecto a la fuente de legitimación de una ideología, Reboul identifica dos categorías: en primer lugar se encuentra “*La legitimación por lo sagrado*” (25), que en tiempos antiguos solía pretender una relación directa con la divinidad como fundamento de su existencia, como el caso de las monarquías y las autoridades clericales, pero la verdadera legitimación se daba a través de los ritos; “Pero este título debía ser autenticado por la consagración, ceremonia que comprendía la proclamación, la unción con los santos óleos, la coronación (...), todo lo cual confirma el carácter sagrado del rey y la índole sobrenatural de su poder” (26), pero esta forma de legitimación no se quedó solo en edades más antiguas, sino que se traslada hacia nuestra contemporaneidad en la forma de investiduras profesionales o de autoridad, como es el caso de médicos y universitarios (26-27).

En segundo lugar, presenta la legitimación de carácter ideológico:

La legitimación ideológica (...) El discurso que legitima el poder es sobre todo de orden racional. Se justifica ya sea por el consenso de los ciudadanos, ya por la función que asume y los servicios que presta (...) En suma, el poder moderno quiere ser racional, y todo su discurso procura demostrar que lo es. Su discurso es la ideología. Y ese discurso, en efecto, justifica el poder de manera racional, por el consenso o la necesidad.” (27)

Probablemente lo más complejo de esta legitimación ideológica, es que, si bien presenta conceptos y argumentos racionales para justificar el poder de una ideología, en el fondo sigue teniendo un trasfondo sagrado, “el hecho de que él (poder) sigue siendo sagrado para los que lo ejercen, que lo debe ser para los que sufren, y supone una amenaza de violencia para los que lo rechazan.” (27)

Contar con las categorías y fuentes de legitimación de ideologías propuestas por Reboul me va a permitir diseccionar y analizar ideologías existentes y conocidas en el contexto de la novela *El Río*, pero para poder aplicar estos mismos criterios de categorización a una ideología que se percibe dentro de la novela, pero no es declarada como tal, voy a necesitar ser capaz de observarla. Para ello me voy a servir de Julieta Haidar, que propone ciertas formas en que se manifiesta una ideología.

Lo ideológico se materializa en:

- Los aparatos y las Instituciones.
- Las prácticas sociales, en general.
- Las prácticas sociales discursivas: verbales y semióticas.
- Las estructuras espaciales.
- Los diferentes sistemas semióticos como son los emblemas, los ritos, la moda, etcétera. (Haidar 49)

Contando con estas formas de materialización, debería poder observar los indicios de discurso ideológico dentro de la novela para rastrear y trazar la existencia de una ideología.

Conceptos funcionales para el análisis del discurso

El primer concepto clave que necesito delinear es precisamente el de “discurso”, que tiene muchas y variadas acepciones a lo largo y ancho de la teoría, el mismo Foucault desecha la idea de “ideología” para preferir la de “discurso” en varios de sus postulados, pero para fines de este informe utilizaré la definición de “discurso” que Maingueneau propone en *Términos clave del análisis del discurso* 2003: “en el análisis del discurso, éste designa menos un campo de investigación delimitado que cierto modo de percepción del lenguaje: éste no es considerado como una estructura arbitraria sino como la actividad de sujetos inscriptos en contextos determinados.” (37), luego Maingueneau procede a establecer una serie de oposiciones que involucran al discurso y complementan su definición, de estas oposiciones me interesan las siguientes: primero “*discurso/oración*: el discurso constituye una unidad lingüística constituida por una sucesión de *oraciones*” (37-38), segundo la oposición de:

“*Discurso/enunciado*: más allá de su carácter de unidad lingüística (= de *enunciado*), el *discurso* forma una unidad de comunicación asociada a condiciones de producción determinadas, es decir, originada en un género discursivo determinado: debate televisivo, artículo de prensa, novela, etc.” (38)

Respecto a la oposición de discurso y lengua, me interesa principalmente la primera distinción que hace: “La *lengua* definida como sistema de valores virtuales se opone al *discurso*, al uso de la lengua en un contexto particular, que restringe estos valores o provoca nuevos. Esta distinción es muy usada para el campo del léxico; la neología léxica, en especial,

se origina en el *discurso*” (38). Finalmente, y, en cuarto lugar, la última oposición que hace Maingueneau vuelve a su definición inicial: “*Discurso/texto*: el *discurso* es concebido como la asociación de un *texto* y su *contexto*” (38)

La asociación y tensión entre el texto y su contexto es lo que más me interesa de la idea de discurso, por lo que se vuelve necesario definir estas ideas de texto y contexto.

Maingueneau lo define preliminarmente declarando que “Con frecuencia se lo utiliza como un equivalente de *enunciado*, como una sucesión lingüística autónoma oral o escrita, producida por uno o varios enunciadorees en una situación de comunicación determinada” (97), lo cual se precisa y complementa con la definición que entregan De Beaugrande y Dressler, quienes “definen el texto como una ocurrencia comunicativa que satisface criterios interdependientes” (Maingueneau 98), estos criterios son preliminarmente cuatro, pero ampliados a siete, y son planteados por De Beaugrande y Dressler en *Introducción a la lingüística del texto* (1997), pero utilizaré la versión abreviada que propone Dominique Maingueneau:

Un criterio de cohesión, perceptible, en especial, en el juego de dependencia de las oraciones (...) Un criterio de coherencia (...) Un criterio de intencionalidad: el enunciador tiene como objetivo producir un texto que tenga un determinado efecto en el coenunciador (...) Un criterio de aceptabilidad: el coenunciador espera interpretar un texto que se inscriba en su mundo. (...) un criterio de intertextualidad (un texto sólo adquiere sentido en relación con otros textos) (...) un criterio de informatividad y de situacionalidad (relevancia en relación con el contexto de enunciación) (Maingueneau 98)

Teniendo en cuenta estas definiciones para la idea de “texto”, puedo pasar a la de “contexto”, que es sumamente importante a la hora de entender el discurso como tal, como expresa Maingueneau:

El análisis del discurso relaciona a los enunciados con sus *contextos*. A veces, incluso, se lo define por esta característica. Pero no estudia de manera inmanente los enunciados para luego relacionarlos con diferentes parámetros “externos”, situacionales: se esfuerza, por el contrario, por aprehender el discurso como una actividad inseparable de este “*contexto*” (29)

Los factores que pueden ser considerados como el contexto de un enunciado varían y dependen del tema específico a desarrollar, “Sin embargo, existe un núcleo de constituyentes que se consideran de manera unánime: los *participantes* del discurso, su *marco espacio-temporal*, su *objetivo*.” (29). Pero aparte de tener considerados esos tres elementos básicos como el núcleo del contexto a identificar, debemos poder agregar y ampliar los parámetros en función de la problemática y el discurso específico que se va a estudiar.

Otros incluyen también los saberes de los participantes acerca del mundo, sus saberes respectivos sobre los demás, los saberes sobre el trasfondo cultural de la sociedad en la que se produce el discurso. De hecho, los factores que se toman en consideración en el *contexto* dependen ampliamente de la problemática que se esté desarrollando (29)

El esquema teórico que utilizaré en este informe corresponde con el propuesto por van Dijk en *Análisis del discurso ideológico* (1996), el cual entrega las herramientas para:

poner ‘al descubierto’ la ideología de los hablantes y escritores a través de una lectura minuciosa, mediante la comprensión o un análisis sistemático, siempre y cuando los usuarios ‘expresen’ explícita o inadvertidamente sus ideologías por medio del lenguaje u otros modos de comunicación (15)

Me apoyaré principalmente en las ideas de *grupo propio* y *grupo ajeno*, donde el primero corresponde al grupo de pertenencia que regula el filtro ideológico con el cual se emite el discurso, y el segundo es el grupo ajeno, que se encuentra fuera de los parámetros positivos ideológicamente hablando. Esta división puede ser reconocida y caracterizada a través de descripciones de distintos tópicos, además de estructuras fonológicas, gráficas, sintácticas y semánticas. Estas marcas discursivas me van a permitir reconocer las diferentes características y apreciaciones explícitas e implícitas que se tienen respecto al grupo propio y al *grupo ajeno*, con especial énfasis en las descripciones identitarias, de actividad, de propósitos, de sus normas y valores, de posición y relación, y de recursos, que tienen características diferentes y tonos distintos de apreciación cuando se describen a propósito del *grupo propio* o del *grupo ajeno*.

La división y diferencias de apreciación y caracterización entre los grupos de pertenencia y los grupos ajenos va a ser de gran utilidad para explorar la relación que se forja entre la ideología de los hijos del Río, y la ideología de la Ciudad dentro de la novela. En el capítulo dedicado al análisis del discurso ideológico, no trabajaré la novela en sí como emisión discursiva del autor, sino los discursos directos emitidos por personajes de la obra, como un análisis de caso que los considera a ellos como emisores discursivos en lugar del autor o el narrador.

Sobre la prueba de conmutación

Para el capítulo de este informe donde utilizo como herramienta la prueba de conmutación, seguiré los lineamientos planteados por Roland Barthes en *Elementos de Semiología* (1971), donde breve pero precisamente explica el funcionamiento y propósito de la prueba de conmutación:

La prueba de conmutación consiste en introducir artificialmente una mutación en el plano de la expresión (significantes) y observar si estas mutaciones determinan una modificación correlativa del plano del contenido (significados); se trata, en suma, de crear una homología arbitraria, es decir, un doble paradigma, sobre un punto determinado del “texto sin fin”, para comprobar si la sustitución recíproca de dos significantes supone **ipso facto** la sustitución recíproca de dos significados; cuando la conmutación de dos significantes produzca una conmutación de los significados se tiene la certeza de que en el fragmento de sintagma sometido a prueba existe una unidad sintagmática: el primer signo ha sido aislado (Barthes 67)

Respecto a esto hay que tener en cuenta la diferencia entre la conmutación y la sustitución, donde la primera logra generar una mutación de sentido, pero la segunda solo cambia la expresión sin cambiar el contenido (ídem).

Una de las finalidades de esta prueba radica en que nos entrega unidades significantes “es decir, fragmentos de sintagma dotados del sentido necesario” (68), de esta manera podemos identificar los elementos fundacionales de un fragmento, que no pueden ser modificados sin desechar el significado original con el que se había formulado.

La mirada dialéctica

El mundo del relato en *El Río* presenta un entorno urbano en constante y latente conflicto, donde una ideología en posición de poder define el estado de las cosas, contexto en el cuál surge otra ideología a contestar y desafiar el poder establecido. Estas ideas pueden ser mejor conceptualizadas si las observamos con una mirada dialéctica.

La dialéctica tradicional hegeliana propone las nociones de *tesis* y *antítesis*, como lo expresa Abellán-García: “Entre la tesis y la antítesis se da un enfrentamiento, una lucha, una negación, una oposición idéntica al que se da entre “A” y “No A”. Consecuencia evidente de

este planteamiento es entender el conflicto y la negación como *causa* del progreso” (101-102), entendiendo esta posición de conflicto y negación bidireccional e intercambiable entre A y lo “que no es A”, o “No A”, conflicto del cuál deviene la noción de *síntesis* o dominio de la razón que establece una superación de la contradicción entre *tesis* y *antítesis* (Abellán-García 101), entendiendo esto no como una reconciliación de ellas. ““A” y “No A” no coexisten ni sobreviven la síntesis, sino que son *superados* por otra cosa” (102), esta relación de flujo entre tesis, antítesis y síntesis puede aplicarse a muchas miradas y formas de entender no solo la historia, sino que la existencia misma desde una perspectiva metafísica, pero su conceptualización no termina ahí. Alexandre Kojève propone llamar a la posibilidad lingüística que no es A ni tampoco No-A, hipó-tesis, “ella es la primera posibilidad lingüística, en el sentido que ella es el origen de todas las otras y ninguna pre-supone la misma” (94).

Por otro lado, y enmarcado en la conceptualización marxista del materialismo histórico, David Harvey explica los principios de la dialéctica en once proposiciones, de las cuales considero pertinente destacar las siguientes:

- 1. El pensamiento dialéctico da énfasis a la comprensión de los procesos, los flujos, las fusiones y las relaciones por medio del análisis de los elementos, las cosas, las estructuras y los sistemas organizados.
- 4d. Poner límites al espacio, el tiempo, la escala y el ambiente es, entonces, una consideración estratégica muy importante en el desarrollo de conceptos, abstracciones y teorías.
- 5. El espacio y el tiempo no son ni absolutos ni externos a los procesos sino contingentes y contenidos en estos mismos.
- 6. Las partes y los todos se constituyen uno al otro recíprocamente.

- 10. La investigación dialéctica es en sí misma un *proceso* que produce *permanencias* tales como conceptos, abstracciones, teorías y estructuras institucionalizadas de conocimiento, las cuales se establecen para ser sustentadas o refutadas por procesos continuos de investigación. (Harvey 248-257)

Se entiende entonces, que desde una mirada dialéctica podemos observar los procesos e ideas de un mundo (como un mundo ficticio de esta novela, por ejemplo) y dilucidar las relaciones de contradicción y conflicto, clasificándolos en una relación de tesis y antítesis, identificando una hipótesis como la variable que niega a ambas, para finalmente explorar la posibilidad de una tesis que sobreviva y supere a las tres anteriores.

Respecto a la ciudad y su conceptualización urbana

La dualidad central de este informe genera la necesidad de definir, desde la mirada urbanista, los dos grandes espacios a tratar: la ciudad de Santiago como urbe, y el río Mapocho como espacio público.

La urbe y el urbanismo

La ciudad está íntimamente relacionada con la historia misma del ser humano en este planeta, con una fuerte y duradera presencia en las historias que contamos y apreciamos como cultura global. Por ello mismo es que ha sido objeto de muchas conceptualizaciones y caracterizaciones a lo largo de la historia de la literatura; está asociada a múltiples tópicos literarios, estructuras narrativas y figuras retóricas, por lo que hacer un catastro de todas esas visiones sería contraproducente, ya que la idea de ciudad que voy a trabajar en este informe gira mucho más en torno a su dimensión urbanística e ideológica. Bajo esta premisa procederé a conceptualizar a la ciudad en relación y contraste con la idea de urbe y el urbanismo como la mirada de la que me voy a servir para este informe.

La ciudad en Latinoamérica se comporta bajo el principio del cáncer; crece de manera descontrolada y de forma usualmente difícil de predecir, ramificándose y concentrándose de maneras y con comportamientos que parecieran solo ser comprendidos a posteriori, bajo esta idea es difícil hablar de la existencia de una planificación urbana en ciudades como Santiago, como lo propone el historiador y arquitecto Simón Castillo:

sirve para discutir la idea respecto a la existencia de una ‘planificación urbana’ en el Santiago de Chile de finales del siglo XIX. (...) A mi entender, una de las principales características de esta es que más que una ‘planificación’, se trata de una serie de intervenciones, rectificaciones y disposiciones del gobierno urbano que aún están distantes del ‘*town planning*’. Más ajustada parece ser la idea de ‘proyecto urbano’ (44-45)

La ciudad de Santiago pareciera presentarse más como una entidad indomable, que crece, se expande y constantemente genera problemas, a los cuales el urbanismo solo puede responder con intervenciones, rectificaciones y disposiciones, tratando problemas específicos no a medida que van apareciendo, sino cuando las condiciones ya se hacen insostenibles o se enmarcan dentro de proyectos más grandes, como será toda la remodelación arquitectónica y urbana del casco antiguo de Santiago alrededor de la celebración del centenario de la independencia en 1910.

Este comportamiento de Santiago como una entidad difícil de predecir y domar por parte de los ingenieros y arquitectos del siglo XIX, se contrasta con la idea de una urbe, que responde a una visión moderna de la ciudad, que Alicia Novick (partiendo desde las ideas de Idelfonso Cerdá) define de la siguiente manera: “La palabra ‘Urbe’ la utilizaba para designar ese ‘conjunto de cosas diversas y heterogéneas propias de la complejidad urbana decimonónica que los términos corrientes como ‘ciudad’, ‘población’ o ‘aldea’ no

caracterizaban suficientemente.” (8). La urbe era de cierta manera, una manera de actualizar la ciudad y diferenciar los centros de progreso y cultura europeos, de las demás grandes ciudades que por muy pobladas que estuvieran, no respondían a las características culturales, sociales y estéticas de la urbe decimonónica dictada por metrópolis como París y Londres victoriano de la segunda mitad del siglo XIX.

En este contexto mientras las ciudades europeas se encontraban en plena modernidad entendidas como urbes, en Latinoamérica vivíamos una especie de modernización forzada, como expresa Simón Castillo: “desde 1880 las ciudades latinoamericanas – dirigidas por una emergente burguesía – debieron actuar de manera rápida para elegir entre una transformación o un estancamiento” (54), debían rápidamente actualizarse para ser centros metropolitanos y ciudades capitales del calibre al que apuntaban Londres y París, para poder mantenerse cultural y económicamente competitivas en este proceso de modernización, y satisfacer las expectativas y puntos de comparación que establecía la cada vez más poderosa burguesía emergente.

Entenderé entonces, la ciudad de Santiago como un centro urbano en transición, que a través del proceso de modernización intenta pasar de ser una ciudad tradicional a una ciudad moderna, entendida como urbe. Y entenderé urbanismo como “el estudio general de las condiciones y manifestaciones de existencia y desarrollo de la ciudad” (Novick 8), que tiene como insumo “las historias de la ciudad (6) y que a través de la aplicación de la urbanística influye y direcciona el desarrollo de la urbe a través de intervenir, rectificar y disponer, lo que, en el caso de Santiago, se expresa más a través de proyectos urbanos que intentan solventar problemáticas específicas e impulsar conceptos puntuales, que una planificación real de ciudad o *townsplanung* como lo llama Novick.

El río como espacio público

Las culturas humanas siempre han estado íntimamente relacionadas a los ríos, desde la revolución agraria que han sido estos los lugares preferenciales para que los asentamientos sedentarios se establezcan e intenten forjar una estadía más duradera y segura, abandonando el camino nómada y creciendo progresivamente en población, infraestructura, cultural y económicamente hasta llegar a lo que podríamos llamar una ciudad. Esta relación del mundo material se ha encontrado íntimamente relacionada con la literatura a través de diversos tópicos e imágenes del río en los diferentes relatos de muchas culturas distintas del planeta, cada río ha forjado una profunda relación con la ciudad y sus habitantes.

Si bien no podemos pretender conocer la realidad a través de la literatura, si podemos reconocer que la primera siempre ha sido una fuente de inspiración para la segunda, en una relación particularmente mimética dentro del género realista, en el cual se inserta *El Río*, poniéndole énfasis a la pugna de dominio respecto al río como un espacio público.

Ya que en este informe doy especial énfasis a los espacios urbanos de la novela entendidos a través de la mirada del urbanismo, me parece pertinente conceptualizar brevemente la idea del río como es visto por proyectos urbanísticos del centenario y como lo voy a leer yo en la novela misma.

La idea de espacio público, por muy variada e interpretable que pueda ser, tiene un origen bastante claro: la modernidad (Castillo 39), con el advenimiento de la burguesía como clase social en un rol cada vez más protagónico, la imagen del hombre ideal de este contexto era, como dice Richard Sennet, cosmopolita: “es un hombre que se mueve cómodamente en la diversidad, se encuentra cómodo en situaciones que no tienen ningún vínculo o paralelo

con aquello que le es familiar (...) el cosmopolita constituyó el hombre público perfecto” (27). Y en esta necesidad imperante por potenciar el proceso de modernización que debería llevar a la ciudad de Santiago a la altura de las ciudades modernas europeas, había que entender el territorio del río y sus riberas, y no solo como una frontera ni un reducto de naturaleza salvaje en medio de la ciudad, sino que como un espacio público, que puede ser intervenido con múltiples intenciones y objetivos.

Podemos entender también el espacio público a través de la oposición como aquello que no es privado, o que se resiste a ser privatizado, en muchas planificaciones de ciudades contemporáneas se entiende el espacio público como un espacio residual entre espacios privados, pero en proyectos de modernización, y sobre todo en el caso del Mapocho, se plantea desde un principio como un espacio público.

El conceptualizarlo de esta forma me permite contar no solo con las especificaciones técnicas de los diseños de los puentes y la canalización del río (que sería entenderlo desde una perspectiva puramente arquitectónica y de ingeniería), sino también con un enfoque que involucra “las relaciones entre naturaleza y sociedad urbana como horizonte proyectual-disciplinario donde intervienen elementos de la urbanística moderna y del control social, ligados a procesos de modernización” (Castillo 38), ya que en las décadas que circundan el centenario de la independencia los espacios públicos como el Mapocho no se piensan de forma residual, sino como espacios en disputa entre; la naturaleza y la urbe, la sociedad y la barbarie, lo tradicional y lo moderno, lo público y lo privado.

CAPÍTULO I. SOBRE LOS DIFERENTES ESPACIOS URBANOS

REPRESENTADOS EN LA NOVELA, Y LA PREDOMINANCIA DEL RÍO

En una novela como *El Río*, se presentan múltiples escenarios y espacios urbanos a lo largo del relato, que, a través de los proyectos de modernización del centenario, se ven definidos por las políticas de arquitectura pública que diseñaron e impulsaron dichos proyectos que permiten que estos espacios sean, como fueron en el Santiago de la primera mitad del siglo XX, para ser posteriormente representados en la novela. A su vez estas políticas, al estar sostenidas por un trasfondo ideológico, configuran el contexto en el que existen los personajes de la novela, influyendo y condicionando la mirada ideológica estos personajes, desde su unidad como el hampa mapochina.

Pretender leer *El Río*, intentando congeniar y entrelazar todos los diferentes proyectos que conforman los múltiples espacios y escenarios de la novela, es una tarea titánica. Por lo que llega la hora de escoger cuál de todos estos espacios icónicos es donde pondré el foco para llevar a cabo el análisis propuesto de esta obra.

La respuesta debiese ser obvia, claro, está en el nombre mismo; *El Río*. ¿Por qué nos dedicaríamos a hablar de conventillos, cárceles, ferias y estaciones en una novela que lleva por título el espacio que nos llama a observar a través de sus páginas?

Sí, en efecto me enfocaré en los proyectos urbanísticos del río Mapocho, que, contruidos sobre ideologías específicas, y a través de una representación realista y detallada de los espacios plasmada en una novela con pretensión autobiográfica, configuran el espacio urbano en el que existen los personajes de Gómez Morel.

Pero creo que puedo dar una respuesta más acabada que simplemente hacerle un tributo al título de la obra.

Para ello aplicaré la prueba de conmutación, que, como la propone Roland Barthes: consiste “en introducir artificialmente una mutación en el plano de la expresión (significantes) y observar si estas mutaciones determinan una modificación correlativa del plano del contenido (significados)” (67), esta operación me va a permitir analizar la coherencia local de los fragmentos que tomaré, para determinar la importancia estructural de ciertos espacios urbanos específicos en los enunciados, pudiendo así hacerme una idea de la relevancia de dicho espacio en la coherencia global de la novela. Tomaré algunos de los espacios urbanos que se me presentaron como opciones de foco para esta tesis, y aplicaré la prueba de conmutación a través de una sustitución, reducción y sustracción, tanto en una marca textual específica, como en una descripción mía de su implicancia en la novela, para observar de esta forma su relevancia en ambos niveles de coherencia, y así definir qué espacio urbano analizar, si he de elegir solo uno. Aplicaré este modelo de análisis en los siguientes escenarios urbanos: Estación Mapocho, La Vega Central, el reformatorio, la cárcel y el río Mapocho.

Estación Mapocho

En la década de 1920, la Estación Mapocho solo llevaba un par de años en funcionamiento desde su inauguración en 1912. Era sin duda una maravilla de la tecnología, un símbolo de modernización, y una gran obra de vialidad para la conexión de la capital, no es de extrañar que también dejara su marca en la novela de Gómez Morel: “En el tren nocturno nos fuimos a Santiago. Llegamos a la estación Mapocho y el Río fue lo primero que vi” (Gómez Morel 48)

El capítulo *Papá Mono*, nos cuenta la llegada de Toño junto a su madre y la pareja de esta, a la ciudad de Santiago. El viaje desde San Felipe lo hacen, en efecto, por tren nocturno hasta la estación Mapocho, siendo este lugar el primer escenario santiaguino con el que tiene contacto el protagonista.

Al aplicar diferentes variaciones a esta marca textual, puedo sacar algunas conclusiones básicas.

Si suprimimos la palabra “Mapocho”: “(...) Llegamos a la estación y el Río fue lo primero que vi”, pareciera que el significado se mantiene con propiedad. Incluso podemos sustraer “estación” junto con “Mapocho”, más algunos retoques en función de la cohesión: “(...) Llegamos, y el Río fue lo primero que vi”, y se continúa entendiendo el sentido del enunciado, aunque se sienta un poco más cojo que en su versión original. Podría incluso suprimir la referencia a la ciudad misma, y se seguiría entendiendo sin mayor problema (aunque recibe un gran golpe al estilo de la oración): “En el tren nocturno nos fuimos. Llegamos y el Río fue lo primero que vi”.

Respecto a la coherencia global, la referencia geográfica de la Estación Mapocho tampoco constituye un pilar fundacional para la estructura de la novela.

La única función (para el flujo de los hechos) que cumple la Estación Mapocho dentro de la estructura del relato es como puerta de entrada para Toño a la ciudad, es el punto final del viaje del campo a la ciudad y el lobby al entorno urbano donde se desarrollará la mayor parte de la historia. Pero no era necesario que fuera esta estación en particular, ni este medio de transporte. Si cambio el método de transporte, el enunciado sigue siendo coherente: “En

bus nos fuimos a Santiago. Llegamos al terminal y el Río fue lo primero que vi”, o: “En carretón nos fuimos a Santiago. Llegamos, y el Río fue lo primero que vi”.

No es mi intención llamar irrelevante a la Estación Mapocho ni dentro ni fuera de esta novela, ni mucho menos restarle significado ni poder de contextualización al viaje en tren en la primera mitad del siglo XX, de hecho, si pudiera también entraría dentro de mi análisis. Pero a la hora de elegir qué elementos del diseño urbano analizar para este proyecto, debo decantarme por poner a un costado esta emblemática estación.

En el capítulo “El Tony” (223) ocurre toda una secuencia de eventos alrededor de una estación que nunca especifican de cuál se trata, por un lado, tomando en cuenta que Toño y Panchín le roban a un embajador africano podríamos asumir que se trata de Estación Mapocho y este extranjero llegó en tren desde Valparaíso donde debe haber llegado por barco. Pero la magnitud de la estación misma podría sugerir que se trata de la Estación Central.

Resultaría imposible relatar esta parte de la novela sin mencionar la estación, que al ser menos específica que las otras referencias a espacios urbanos conocidos, hace imposible simplificarla, y las múltiples referencias a trenes y andenes nos quita también la opción de conmutarla por otro sector que sirva de entrada y salida para extranjeros de lugares tan lejanos como África.

Pero mirándolo con un poco más de distancia, este capítulo es una de las múltiples narraciones de la novela que el narrador nos cuenta como episodios autocontenidos, que, si bien aportan en el contexto general de la historia, se enmarcan en la lógica temporal de toda la narración y conectan ciertos eventos con otros o explican algunos cambios en la

disposición del grupo hacia el protagonista. La verdad es que pueden ser resumidos o incluso quitados de la novela sin desmoronarla, claramente haciéndole bastante daño, pero manteniendo la lógica interna.

La vega

En el capítulo *Expulsión*, donde Toño es desterrado de la sociedad del Río luego de ser abusado sexualmente por el cafiche España y por ende convertirse en *hueco*, se aprecia este pasaje donde, ahora sin compañero ni grupo de apoyo, se ve en necesidad de robar algo para poder subsistir: “Iba en dirección a la Vega. No tenía dinero y pensé que debía robarme alguna cosa.” (197)

En este contexto la Vega, que por proximidad geográfica con otros espacios nombrados en el libro debe ser la Vega Central de Santiago, es presentada como el territorio de caza del protagonista, lo cual no es nuevo ya que en algunos pasajes anteriores (y posteriores) se presenta la Vega como el territorio de los ‘cabros’ del río para robar y subsistir, como en el capítulo “Las Huascas” (131), donde vemos al ‘Guatón Tripero’, una víctima recurrente de Toño y su compañero Panchín que se encuentra regularmente en ese sector: “Lo apodaban el Guatón Tripero. Por llevar muchos años estacionando su carruaje en el paradero de la Vega conocía a todos los pelusas.” (131)

En la coherencia local, “Vega” puede ser fácilmente reemplazado por otro sector manteniendo un nivel similar de especificidad: “Iba en dirección al Matadero. No tenía dinero y pensé que debía robarme alguna cosa.”, si bien la distancia entre el sector del río Mapocho por donde se mueve generalmente Toño queda bien alejado del Matadero, hay precedentes

de ese viaje dentro la novela, como en el capítulo “La batalla”: “Venía seguido por los muchachos del barrio Estación, por la pelusería del Matadero y Pila del Ganso” (161)

Si disminuimos el nivel de especificidad, podría seguir funcionando el fragmento: “Iba en dirección a la feria. No tenía dinero y pensé que debía robarme alguna cosa.” O “Iba en dirección al centro. No tenía dinero y pensé que debía robarme alguna cosa.”. Lo que importa para el funcionamiento de estas líneas no es qué tan específico es el lugar, sino que es una zona urbana concurrida que usualmente es utilizada como territorio de robo por los ‘pelusas’ del río.

En esta oración en particular no funcionaría sustraer por completo el referente espacial: “Iba en dirección. No tenía dinero y pensé que debía robarme alguna cosa.” Ya que la noción de moverse a un lugar más o menos específico que está designado para el robo o es conocido por que suele rendir frutos, es clave dentro del contexto específico del exilio de Toño fuera de la sociedad de los hijos del río, y dentro del contexto general de la diferenciación entre la Ciudad y el Río, donde ir a la Vega es en efecto un viaje a otro lugar separado del territorio del Mapocho, pero recurrente y familiar para las andanzas y actos criminales de Toño y su gente.

En la coherencia global de la novela, la idea que representa la Vega es importante y se repite varias veces a lo largo de la obra; corresponde a un territorio externo a los dominios del Río, pero que es familiar y cómodo para los ‘pelusas’ como zona de robo y sustento, aun siendo parte de la Ciudad representa un entorno familiar para que en este caso el Toño, en un momento de soledad y necesidad, considere este espacio como una carta segura para poder sobrevivir el día.

Pero, es innecesario especificar tanto. Si bien la Vega es importante por lo que representa y significa para la sociedad hamponal del río, este lugar seguro de robo cómodo fuera de los territorios del Mapocho podría ser cualquiera, y podría no tener un nombre tan específico. El dar una referencia geográfica clara y fácilmente reconocible, fortalece el carácter realista del relato, ya que ancla la narrativa a espacios conocidos y un contexto histórico definido. Pero si sacásemos la noción de ‘la Vega’ de la novela, y la reemplazáramos por otro referente no específico que cumpliera las mismas funciones, se sigue sosteniendo el relato, aunque nuevamente sería un fuerte golpe a la potencia del estilo de la obra.

Dicho todo esto, si he de elegir un solo espacio urbano a analizar para este informe, tampoco sería la Vega Central de Santiago.

El reformatorio

Al tratarse esta novela de una sociedad de niños y adultos jóvenes en situación de calle, no es de extrañar que el reformatorio, como idea y escenario, tenga apariciones recurrentes dentro de la narración:

El reformatorio tenía un poco de todo: cocinería, cárcel, prostíbulo, taller, escuela, templo hospedería, y hasta reformatorio cuando venían a visitarlo las autoridades judiciales, una vez al año (Gómez Morel180)

El espacio del reformatorio, en el capítulo “Primera entrada al reformatorio”, tiene varias similitudes con “la estación” del capítulo ‘El tony’, ya que ambos corresponden a narraciones más o menos auto concluyentes, que, aun cumpliendo una función relevante dentro de la obra, podrían ser resumidas u omitidas sin causar mayor daño estructural. De forma parecida coinciden ambos capítulos al hacer referencia a un espacio de características

claras, pero sin una referencia geográfica específica, “el reformatorio” no hace alusión a ningún establecimiento específico, lo que importa es lo que representa, como está estructurado y la función que cumple dentro de la formación delictual de Toño.

La descripción que da el narrador en la cita anterior no parece tener intención de identificar este espacio como un lugar específico, sino representar dualmente tanto el reformatorio donde ocurren los eventos, como la institución en general que se hace cargo de menores delincuentes y desamparados de la ciudad de Santiago.

No puedo conmutar el significante “reformatorio” en esta cita sin desarmarla por completo, ni tampoco puedo suprimirla sin restarle todo posible sentido al fragmento. Pero sí puedo, de la misma forma que con “la estación” en “El tony”, omitir el capítulo “Primera entrada al reformatorio” por completo o resumirlo a una declaración sin desarmar realmente la lógica de la novela.

La cárcel

Los diferentes recintos penitenciarios de Santiago y Valparaíso donde ocurren ciertos episodios de la novela no solo tienen importancia como una herramienta de la Ciudad, sino también como pasos necesarios dentro de la educación de todo delincuente del Mapocho, y pueden llegar a conformar un microcosmos de la misma sociedad del Río.

Luego pasaba a la cárcel provincial, ubicada en la cima de un cerro cercano (Gómez Morel 206)

Jamás un muchacho entró más feliz a la cárcel. Me sentía héroe. Esperaba un recibimiento triunfal. (265)

Hay dos grandes arcos narrativos en la novela donde el espacio predominante corresponde a un recinto carcelario. El primero ocurre en los capítulos “Cárcel de

Valparaíso” y “El paco Aceituno”, donde Toño se aleja del hampa mapochina que lo aísla y rechaza por los eventos ocurridos con el Cafiche España. En Valparaíso vive pobremente y acaba en “la cárcel provincial, ubicada en la cima de un cerro cercano” (206), donde es bien recibido al principio por su pertenencia al Río, pero al llegar las noticias de que es un ‘hueco’, nuevamente es rechazado hasta que se le da, de a poco, la oportunidad de redimirse.

El segundo arco narrativo que ocurre en una cárcel comienza al final del capítulo “Un interrogatorio”, y recorre los siguientes capítulos: “Rituales”, “Chanco en bolsa”, “Las bolitas”, “Carlitos Valenzuela”, terminando en el comienzo de “Puñales damasquinos”. Este arco ocurre en una cárcel no especificada de Santiago, y contiene varios relatos y anécdotas de lo ocurrido en la cárcel organizados en un orden cronológico, pero no exhaustivo. No se cuenta todo lo que ocurrió en esa estadía en la cárcel, sino ciertos episodios escogidos por el narrador.

En la coherencia local de las citas presentadas, no resulta realmente posible conmutar la palabra “cárcel” en ninguna de las dos sin que pierdan por completo el sentido: “Jamás un muchacho entró más feliz al edificio. Me sentía héroe. Esperaba un recibimiento triunfal”, “Luego pasaba al recinto provincial, ubicado en la cima de un cerro cercano”. En ambos casos se desarma el sentido del enunciado, ya que es clave para la construcción de la oración el hecho de que el lugar al que entra es la cárcel.

En la coherencia global de la obra tampoco tengo muchas opciones, ya que las estadías en las cárceles son clave dentro del desarrollo de Toño, por la función central que cumplen en su viaje de redención desde las castas más bajas de la sociedad mapochina hasta ganarse nuevamente el respeto de los hijos del río. Pero, al igual que con los episodios en los

reformatorios, podríamos eventualmente resumir estos capítulos y arcos a breves declaraciones y dejarlos fuera de la novela.

En este proceso de justificar todos los espacios que dejé fuera de este análisis me acerco de manera sumamente peligrosa a descartar episodios y elementos textuales que son mucho más importantes de lo que admito en estas páginas. Pero si bien ciertos escenarios como el reformatorio o las cárceles son de suma importancia para el relato, esa importancia no viene desde sí mismos, es dotada por una entidad que establece el tono de la novela y coordina todas las historias que recorren todos estos espacios urbanos, el Río.

El Río Mapocho

Finalmente, el espacio urbano representado en la novela que carga con mayor peso es, sin duda alguna, el río Mapocho, donde existe y se desarrolla la sociedad de los hijos del Río.

Pretendí mostrar la historia de un río; ¿hasta dónde coincide con la historia de cualquier río del mundo? Pretendí mostrar un momento de mi conducta humana; ¿hasta dónde coincide con la conducta de todos los hombres? (Gómez Morel 28).

Leer la historia de Toño es observar un fragmento de la historia del Río, que es mostrado no solo como un espacio urbano sino también como una entidad casi religiosa que es respetada y obedecida por parte de los hijos del Río. Desde el Río emana la ley, ya que se le observa buscando consejo y se espera que hable a través de uno de sus hijos, desde el Río se emite juicio, ‘cabro del Río’ es un título que se gana y que conlleva una serie de responsabilidades y beneficios en este ecosistema marginal que existe adyacente al centro de la ciudad de Santiago.

Aplicando la prueba de conmutación se descubre fácilmente que el contenido semántico de “río” es demasiado estructural para el sentido de la obra como para poder

retirarlo o cambiarlo: “Pretendí mostrar la historia de un lago”, por ejemplo, o si derechamente lo sustraemos: “Pretendí mostrar la historia de un”. A diferencia de la vega y la estación, en este caso no podemos simplemente sustraer estos enunciados de este fragmento (o cualquier otro) sin que pierdan su sentido, cada vez que en esta novela se nombra al río (sobre todo si es el Río), no se puede sustraer ni conmutar, no se puede tratar de nada menos que el Río.

Esta soberanía no solo se da en el nivel específico, sino también a nivel global; el río es el hilo conductor de toda la historia: “Varios pelusas, recorriendo mi pasada trayectoria, sonrientes y confiados pedían refugio al Río tan impenetrable, callado, semejante a la puerta que conduce al lecho de un moribundo” (319) “es la fuerza que llama constantemente a Toño desde el momento en que posa sus ojos sobre él: “Ahora veo que aquel fue un momento cristizador, definitivo para mi vida: empecé a amar el Río.” (60), e influencia su actuar a lo largo de toda la novela en la búsqueda por pertenecer a esta comunidad y ser aprobado por ella: “Quería ver lo que sucedería, me sentí Río, totalmente Río. Me identifiqué con todos los delincuentes” (164).

El Río no es parte de la Ciudad, es adyacente a ella, es otra comunidad, otra civilización y otro espacio. En este sentido; la vega, la estación, el reformatorio y la cárcel son espacios urbanos de otra categoría, pertenecientes a la ciudad, el Río no puede ser comparado con ninguno de estos en específico, ya que lo único que se encuentra a su altura es la Ciudad, que engloba y contiene todos estos otros espacios: “El Río tomó su resolución. El jefe lo había ordenado con su silencioso egoísmo brutal (...) Pero nuestra solidaridad con el Zanahoria no era por él mismo sino por nuestro común sentimiento contra la Ciudad” (160)

De esta forma, cada uno de los escenarios urbanos que presenté anteriormente, recibe importancia narrativa a partir del Río, en lo que significan respecto a él y la sociedad que habla con su palabra y ley.

“En el tren nocturno nos fuimos a Santiago. Llegamos a la estación Mapocho y el Río fue lo primero que vi” (Gómez Morel 48), en la llegada a Santiago lo que le llama la atención a Toño no es la estación a la que llegan, sino el Río. Podría haber llegado de varias formas, pero lo que realmente importa en esta cita, es que el Río capturó su mirada desde aquel primer momento en que entró a Santiago. No describe la estación por dentro, ni las maletas, ni la gente, ni los trenes, sino el Río.

“Iba en dirección a la Vega. No tenía dinero y pensé que debía robarme alguna cosa.” (197), la vega es importante porque, si bien pertenece a La Ciudad, es un territorio de robo más o menos familiar para los hijos del Río, donde corren menos riesgo que en otros lados al robar y abastecerse. En este fragmento específico, Toño se encuentra complicado porque ha sido exiliado del Río, ahora es un *hueco* que debe vivir en el cauce y aun así, al verse hambriento, considera la Vega como una opción segura para poder alimentarse. El problema se presenta cuando se encuentra al Gitano (un hampón de renombre) en el camino y le dice “Toño, si vai pa la Vega, degüélvete mejor. No poís il más pa allá. Ándate pal Cauce” (197). La Vega, como dije anteriormente, podría haber sido casi cualquier lugar con un nivel similar de especificidad, lo que importa es la utilidad que le dan los ‘pelusas’, la función que cumple respecto al Río. Y en este caso, al verse Toño despojado de sus privilegios, ya no goza de las opciones que tienen los demás hijos del Río, ni tiene acceso a los territorios que el Río ha reclamado sobre la ciudad.

“El reformatorio tenía un poco de todo: cocinería, cárcel, prostíbulo, taller, escuela, templo hospedería, y hasta reformatorio cuando venían a visitarlo las autoridades judiciales, una vez al año” (180), este lugar, que es mucho menos específico que otras locaciones nombradas en la novela constituye una prueba y rito dentro de la sociedad de los hijos del Río. Se espera de ti que pases y te escapes del reformatorio, que seas atrapado por la policía y aguantes “la biaba” (golpiza y tortura policial) sin delatar a nadie, y se espera finalmente que hagas tu pasantía por alguna de las cárceles nacionales, para luego apuntar hacia las internacionales.

En este contexto, las varias estadías que vive Toño en el reformatorio presentan un desafío ante los ojos del Río; el muchacho debe no solo sobrevivir este recinto de reeducación dirigido por la Ciudad, sino que debe escapar de alguna forma, a veces la burocracia se muerde sola la cola y los dejan sueltos casi por deshacerse de ellos, pero otras veces hay que poner esfuerzo e ingenio al elaborar un plan de escape y cumplir con el desafío en nombre del Río.

“Estábamos libres. Según lo convenido, cada cual corrió por su lado. Oí cuando el policía gritaba desde adentro al ver a su compañero en el suelo. Esa misma noche bajé al Río. Iba a despedirme de los líderes, a agradecerles su ayuda, y a devolverle el reloj al Zanahoria.” (318), luego de formular y ejecutar un plan de escape no solo para él, sino que, para varios niños en el reformatorio, Toño se siente graduado de su primera etapa en el Río, se siente ya un delincuente bien formado que está preparado para enfrentarse al resto del mundo, por ello lo primero que hace al escapar es ir al Río a agradecer y despedirse, ya que luego se iría de viaje para seguir aprendiendo en su carrera delictual.

“Jamás un muchacho entró más feliz a la cárcel. Me sentía héroe. Esperaba un recibimiento triunfal.” (265), suena absurdo hablar de entrar felizmente a la cárcel, pero en el caso de Toño, este evento implicaba dos elementos importantes: por un lado era de esperar que un ‘pelusa’ pasase un par de veces por la cárcel para lograr ascender al rango de “cabro del Río”, por lo cual esta pasantía en la cárcel era solo parte de su educación criminal, pero por otro lado el Toño había activamente provocado su captura y encarcelamiento; en el capítulo *Un interrogatorio*, se deja atrapar para demostrar que puede soportar *la biaba*, y asume la culpa de unos crímenes cometidos por un delincuente conocido como el Poroto, todo eso en búsqueda de limpiar su condición de *hueco* y poder ser aceptado nuevamente como un miembro de la comunidad del Río. “Al día siguiente sería enviado a la cárcel pública, y mi actitud como salvador del Poroto, con seguridad me valdría la admiración del grupo.” (266) Se puede ver de forma bastante clara que, en este caso, si bien la cárcel es una instalación de La Ciudad, que castiga y encarcela a los delincuentes y los hijos del Río, su estructura interna está definida y liderada por el hampa, y a diferencia del reformatorio, acá Toño debía ser recibido con honores por los líderes que se encontraban encarcelados y mandaban dentro de esta cárcel.

La gran mayoría de los espacios urbanos santiaguinos del siglo XX que exploramos a través del relato de la novela comparten el haber sido construidos o restaurados en el marco de las celebraciones del centenario de la patria chilena. Pero el Río es una fuerza de la naturaleza, y si bien existen numerosos proyectos de puentes, canalización y habilitación de terrenos, se encuentra en una categoría separada del resto de los espacios que he analizado, y a su vez dota de significado e importancia a todos esos otros lugares y escenarios, cada locación es importante en tanto significa algo para o respecto al Río, por ello algunas pueden

ser conmutadas sin mayor problema, y otras pueden ser omitidas sin perder el núcleo de toda la narrativa. Pero el Río Mapocho es el elemento que conecta, aglutina y entrega significado no solo a todos los eventos que ocurren a lo largo del relato, sino también a los espacios urbanos representados dentro de este.

Si he de elegir solo un espacio para analizar las ideologías subyacentes en sus proyectos de planificación urbana, y cómo se relacionan estas ideologías con los principios y reglas del discurso del hampa, no puede ser ningún otro que: el río Mapocho, “nuestro viejo padre Río” (169), que cruza todo Santiago, un sector marginal a cuerdas del centro, y en constante lucha contra la Ciudad y sus agentes.

No está de más decir que la novela se titula: *El Río*.

CAP II. LA CIUDAD, PROPIA

Las dos ciudades de Santiago

Famosas son las palabras con las que Benjamín Vicuña Mackenna, intendente de Santiago, diferencia las dos ciudades que componen la capital en el documento *La Transformación de Santiago* (1872): “Conocido es el origen de esa ciudad completamente bárbara, injertada en la culta capital de Chile i que tiene casi la misma área de lo que puede decirse forma el Santiago propio, la ciudad ilustrada, opulenta, cristiana.” (Vicuña Mackenna 24). Este escrito tenía como objetivo presentar “notas e indicaciones respetuosamente sometidas a la ilustre municipalidad, al supremo gobierno y al congreso nacional” (4) respecto a las futuras reformas y proyectos urbanos que el intendente tenía planeados para la ciudad de Santiago.

Este escrito no es solo el documento de un proyecto urbano de gran envergadura, sino que también, gracias a su clara y tajante emisión de discurso ideológico, podemos leerlo como el manifiesto de una ideología, la de la ciudad ‘propia’, que establece una clara diferencia entre la verdadera capital de Santiago “ilustrada, opulenta, cristiana” (24) y la ciudad ‘bárbara’, aquella que por oposición es inculta, pobre y llena de vicios. Esta “otra” ciudad de la que habla Vicuña Mackenna, suele ser identificada con la periferia de Santiago, barrios populares al sur que mientras más alejados se encuentran del corazón de la capital, mayores son los niveles de degeneración, miseria y suciedad.

El Chile, o mejor dicho, el Santiago de 1872 vive los inicios de un proceso de modernización que intenta poner a nuestra ciudad capital al nivel de las modernas urbes europeas como París o Londres, que tanta influencia tenían sobre la visión del intendente: “es sabido que Vicuña Mackenna conoció París y Londres en plena fase de transformaciones

urbanas que, entre otras áreas, intervinieron sus respectivos ríos: el Sena y el Támesis” (Castillo 82). Este fue un proceso que usualmente involucraba renegar de gran parte de la herencia colonial por algo nuevo y modernizado, como explica el historiador Simón Castillo: “Se trata de la idea de ‘ciudad nueva’, tan presente en un ciclo de cambios urbanos visible en Latinoamérica y otros contextos entre 1850 y 1930.” (83)

Esta visión modernizante de la cada vez más poderosa burguesía se caracterizaba por una identidad definida a partir de las modas y gustos de los países que buscaban imitar, como bien describe Luis Alberto Romero en su libro *¿Qué hacer con los pobres?* (2007):

Buscaban identificarse con un estilo de vida ostentoso y derrochador, copiado de la opulenta burguesía europea. De Francia tomaron como modelo la ropa, la cocina o la educación de los hijos (...) de Inglaterra, los modelos masculinos: el clubman y luego sportman. La vida se desenvolvía exhibiéndose y circulando. (...) Algunos optaron por instalarse en París, y Blest Gana los llamó “los trasplantados”, pero en realidad todo su estilo de vida era en alguna medida trasplantado. (46)

Este estilo de vida “trasplantado” es clave para entender la ideología de la ciudad propia, como una ilusión, que no es capaz de observar Santiago como realmente es, y si bien muchos de sus proyectos son sumamente positivos e históricamente importantes para el desarrollo y la salubridad de nuestra ciudad, la vereda desde la cual la burguesía formulaba todas estas propuestas (concentradas y manifestadas en los proyectos que Vicuña Mackenna despliega en *La Transformación de Santiago*), está mucho más centrada en llevar una pequeña porción de la ciudad a los estándares de las grandes urbes europeas, en lugar de trabajar para solucionar las problemáticas específicas de nuestro territorio. Esa mirada cegada por la luz de la modernidad se puede percibir alegóricamente representada en la siguiente descripción que Romero hace de las nuevas tendencias arquitectónicas de las viviendas de la

burguesía: “las líneas renacentistas se mezclaban, en desordenado eclecticismo, con las francesas y hasta las moriscas, gracias a la ductilidad del yeso y el estuco, que imitaban los más nobles materiales de los originales.” (39)

Los proyectos de Vicuña Mackenna, en el marco de transformar a Santiago en la ciudad propia con la que sueña, son múltiples, bastante variados, optimistas y generosos con el presupuesto, pero veo pertinente destacar tres de ellos para efectos de este análisis.

Primero, “la transformación de los barrios del sur” (Vicuña Mackenna 24), que el intendente identifica como los sectores periféricos más representativos de la “ciudad bárbara”, y el trabajo de adecentarlos, organizarlos y sanearlos “Es un deber de filantropía, de honra, de salvación” (ídem). Este proyecto representa la mirada paternalista y horrorizada de la burguesía hacia los barrios populares periféricos, que si bien no los quiere incluir dentro de la ciudad propia (como sí va a pretender hacer con la Chimba y los barrios que denomina como “ultra-mapocho”), tenerlos en este estado es una vergüenza y deben ser arreglados.

Segundo, “El camino de Cintura” (18), que debiese cumplir con el siguiente objetivo principal: “Define la ciudad estableciendo los límites propios de ésta (...) creando *la ciudad propia*, sujeta a los cargos i beneficios del municipio, i los *suburbios*, para los cuales debe existir un régimen aparte” (ídem), esta función de dividir de manera literal la “ciudad propia” ilustrada, opulenta y cristiana, de la “ciudad bárbara” que en su mejor comportamiento puede llamarse suburbio no es solo por un tema estético, sino por una mirada higienista: “Establece alrededor de los centros poblados una especie de cordón sanitario, por medio de sus plantaciones, contra las influencias pestilenciales de los arrabales”, pero trataré el tema del higienismo en la siguiente sección.

El tercer proyecto que quiero destacar, y el que más me interesa, es en efecto “La canalización del Mapocho” (12), donde la confianza del intendente es admirable: “Este proyecto no admite discusión. Es una necesidad pública antigua i, al propio tiempo, es un brillante negocio para el municipio.” (ídem); básicamente el canalizar el río Mapocho solo debiese traer beneficios: mantendría a raya las tan temibles crecidas de temporada, entregaría un mayor control sobre el flujo de agua potable separada de las aguas residuales, permitiría la construcción de puentes modernos y duraderos, ofrecería la oportunidad de ganarle terreno al río para construir parques y espacios públicos, y por supuesto “Incorporar a la ciudad propia, formando un solo cuerpo con ella, los hermosos i hoy relegados barrios de ultra Mapocho” (13). Este proyecto, propuesto por Vicuña Mackenna y diseñado por el ingeniero Ernesto Ansart, es el proyecto urbano más grande planeado para Santiago hasta aquellas fechas, uno que el intendente no alcanzará a ver completado, pero cuyas dificultades, ramificaciones y consecuencias no podrían haber sido previstas a cabalidad en 1872.

El higienismo

Dentro de las necesidades urgentes que se buscaban solventar con las reformas de Santiago y el Mapocho se encuentra la higiene y salubridad de la urbe, ya que hay ciertas problemáticas de salud que solo se presentan en zonas con alta densidad de población, usualmente asociadas a las miasmas, que son concentraciones de líquidos infecciosos y desechos biológicos que se acumulan en las calles al no contar con un sistema apropiado de alcantarillado y agua potable, pero también a situaciones de origen más socioeconómico; como el hacinamiento y la falta de ventilación de las viviendas de clase baja, y la falta de educación salubre en prácticamente todos los estratos sociales. Es ante esta necesidad logística y educacional que surge un auge del higienismo en Santiago:

Esta disciplina médico-social surgió en Europa del siglo XVIII como parte de las nuevas políticas de salud orientadas a solucionar los efectos de la urbanización y una paulatina industrialización. Se trató de un nuevo proyecto que consistía no tanto en sanar los cuerpos de los enfermos, sino sobre todo prevenir su infección. (Castillo 75)

Para la segunda mitad del siglo XIX, el acelerado crecimiento de Santiago, tanto en población como en industria, comienza a acarrear una serie de problemáticas propias de la ciudad moderna, para las cuales las grandes urbes europeas ya habían desarrollado, casi un siglo atrás, el higienismo como lineamiento principal para combatir estos dilemas de salubridad.

Básicamente el higienismo proponía que la limpieza y la higiene son la mejor herramienta para prevenir y combatir las numerosas enfermedades propias de un entorno urbano moderno, y que la falta de dicha higiene podía ser localizada, identificada y corregida. Los mayores enemigos para los higienistas eran las circunstancias que propiciaban la existencia de “malos olores, miasmas y hedores” (Castillo 143), que entendían como focos infecciosos.

Durante el último tercio del siglo XIX, algunos personajes públicos como el presidente Balmaceda estarían particularmente a favor del higienismo, al punto que “pasó a ser un discurso central en la forma de comprender la ciudad, vinculándola prioritariamente a la limpieza de los cuerpos y los espacios públicos y privados” (77), y sobre todo luego de la epidemia de cólera de 1887, se articularon diferentes aparatos institucionales en función de estos nuevos estándares tan urgentes para el funcionamiento y prosperidad de la ciudad propia, como el primer congreso médico chileno en 1889 que fundó el Consejo de Higiene Pública.

Las ideas higienistas se encuentran intrínsecamente relacionadas con la ideología de “la ciudad propia”, ya que si bien las enfermedades propias de un entorno urbano moderno (o modernizado) afectaban de maneras variadas a todos los estratos sociales, como bien argumenta Romero: “el morbo sifilítico afectaba también a los jóvenes decentes, de la misma manera que la viruela desbordaba los barrios populares y causaba estragos en la ciudad ‘propia’” (219), la mirada burguesa veía de manera indisoluble los focos de pobreza fusionados con los focos de enfermedades. El mismo Vicuña Mackenna lo declara en *La Transformación de Santiago* al referirse a los barrios periféricos: “una inmensa cloaca de infección i de vicio, de crimen i de peste, un verdadero potrero de la muerte” (25); en esta cita, se relaciona de manera completamente lógica (para él), la infección con el vicio y el crimen con la peste, elementos sociales con elementos sanitarios, y “otra vez, hacinamiento, enfermedad y vicio aparecen unidos por una estricta cadena causal, tan evidente que no requiere de demostración alguna.” (Romero 220). No es mi intención criticar o buscar el error lógico de estas afirmaciones, ni reprochar moralmente la visión evidenciada en la cita, sino destacar que las ideas higienistas tienen un enfoque dual, son tanto médicas como sociales, y ven una relación estrecha entre la salud y la moralidad, ambas carentes en las clases sociales bajas y sus arreglos habitacionales.

La cuestión urbana

Los problemas de salud asociados con las clases bajas de Santiago tienen como principal fuente la enorme precariedad habitacional y laboral con la que estas familias de clase baja tenían que lidiar día a día. Esta gente, cuando tenían acceso a vivienda, por lo general vivían o en cuartos redondos, ranchos o en conventillos, que no solo se caracterizaban por los terribles y usureros tratos por parte de los arrendadores, sino también por sus pésimas

condiciones sanitarias (Romero 160-162); tenían pésima o nula ventilación, lo cual potenciaba cualquier posibilidad de contagio de pestes, un terrible sistema de desagüe de desperdicios, que consistía básicamente en acequias que propiciaban la generación de miasmas y charcos infecciosos. Todas estas atrocidades eran una fuente de ingreso para los terratenientes y arrendadores, ya que tenían completo poder para terminar contrato con sus arrendatarios si es que había sospecha de alguna enfermedad, y la potente migración del campo a la ciudad de este periodo permitía la existencia de una demanda apabullante por trabajo y vivienda.

Existían ciertas iniciativas de apoyo mutuo y programas de arriendos más éticos que a la larga podían convertir al arrendatario en propietario, pero solo podían acceder a ellos quienes tenían empleos más estables o pertenecían a algún oficio o gremio consolidado, pero el grueso de la población de esta clase social fluctuaba entre la calle y las peores viviendas posibles, de la misma forma en que se movían constantemente entre trabajos legales e ilegales para lograr saciar sus necesidades básicas.

La mirada separatista de Vicuña Mackenna, que diferencia entre la ciudad ‘propia’ y la ciudad ‘bárbara’, era un reflejo de la perspectiva de la burguesía respecto a la cuestión social, que podríamos llamar en este caso “la cuestión urbana”, ya que muchas de estas problemáticas son particulares de la capital y preceden el diagnóstico de Augusto Orrego Luco de 1897. La clase baja y trabajadora es considerada otra ciudad dentro del mismo Santiago, otra comunidad que no es mano de obra desperdiciada, sino una fuente de miedo y preocupación para la ciudad ilustrada, opulenta y cristiana. Para ellos el “roto chileno” ya no era el personaje simpático de la independencia, ahora “era un sujeto extraño, ajeno, que ya no participaba más de un mundo común de valores y jerarquías establecidas; que no era más

alguien cuyas ideas, actitudes y acciones eran previsibles.” (Romero 222); por ende, los sectores populares son vistos como un “otro” ajeno y atemorizante, desde una perspectiva dialéctica son la no-ciudad propia, la antítesis de toda la modernización burguesa que busca consolidar esta ciudad propia e ilustrada.

La mejor descripción de la cuestión urbana, esta idea de otredad y el conflicto entre las dos ciudades dentro de Santiago es expresado en un fragmento del periódico: *El Ferrocarril*, donde no solo se evidencian estos elementos, sino el miedo sentido hacia esa ‘otra’ ciudad abandonada que yace en los peores sectores de la capital: “Santiago estará aún más estrecho y más amenazado por las hordas de los hambrientos, que son la nueva invasión de bárbaros que castiga a todas las civilizaciones imprevisoras.” (Romero 222)

Proyectos del río Mapocho y su presencia en *El Río*

El proceso de modernización de Santiago, enmarcado en la celebración del centenario de la independencia (o de la primera junta nacional de gobierno), afecta diferentes aspectos y zonas de la capital, pero de todos ellos el que más me interesa para este análisis, es el río Mapocho. A través de las décadas, los proyectos propuestos por Vicuña Mackenna en 1872 tienen una presencia directa en la novela de Gómez Morel, ya que definen la configuración ideológica y espacial de la ciudad, donde ocurre la mayor parte de los eventos del relato, y el río mismo.

En primer lugar, la canalización. Propuesta por Vicuña Mackenna y diseñada por el ingeniero Ernesto Ansart, pero realmente llevada cabo por Valentín Martínez, este proyecto fue realizado en tramos, empezando desde las zonas más céntricas de Santiago y extendiéndose a lo largo de las décadas hacia oriente y poniente. Para la novela *El Río*, esta

canalización es crucial, ya que les permite a los personajes poder vivir en el río con mayor seguridad, pues al estar canalizado las crecidas se vuelven menos peligrosas, y el enlosado del terreno lo vuelve más habitable que el terreno rocoso del lecho del río previo a este proceso de canalización: “¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! De los tacones policiales que ya se acercaban avanzando por las losas fluviales.” (Gómez Morel 163). Si bien existían chozas y tomas de terreno en el río previo a su canalización, esos arreglos tenían un tono más rural, usualmente acompañados de animales; la canalización volvió el lecho del río considerablemente más estrecho, lo cual también lo vuelve un dominio más exclusivo de los hijos del Río y su soberanía.

En segundo lugar, los puentes. “Ansart consideró seis, todos de fierro de celosía, así como la desaparición de los puentes existentes” (Castillo 100); la presencia de nuevos puentes, metálicos y modernos, que empleaban técnicas y materiales mucho más confiables que los antiguos puentes de palo que debían ser levantados de nuevo cada cierto tiempo, cambió la forma en que se administra el espacio entre la ciudad y el río. A excepción del puente de Cal y Canto, no se habían visto en Santiago tantos puentes que tuvieran pretensiones de durar en pie más que un par de crecidas, y ya en el siglo XX, para los personajes de *El Río*, el puente es crucial como nexo de comunicación y tránsito entre los dominios del Río y la Ciudad: “Nos vio Mostachín al cruzar el Puente y lanzó su consabido saludo matinal: - ¿Ya se van a choriar, pelusones del carajo? ¡No pillarlos yo!” (Gómez Morel 172). Los puentes, en el contexto de la novela, no solo son el camino que conecta la ribera sur con la ribera norte; el corazón de Santiago con los barrios de ultra Mapocho, sorteando el torrentoso o pobre cauce del río dependiendo de la estación, en *El Río* el puente también es el camino que conecta el arriba con el abajo; Santiago y el Mapocho, La Ciudad y El Río,

quizás incluso “la ciudad propia” y “la ciudad bárbara”, que existe todavía como un reducto periférico bajo los modernos puentes.

En tercer lugar, están los alcantarillados. “En ese contexto de reformas higienistas se inició en 1905, la construcción del sistema de desagües, obra pública que podría considerarse el mayor avance de renovación urbana de esos años.” (Pérez y Rosas 121); la última fase de las reformas que involucraron al río Mapocho consistió en el trazado e implementación de un sistema de alcantarillado urbano que ayudase a lidiar con los desechos de mejor manera que las pestilentes acequias y de esta forma tratar de eliminar la presencia de miasmas infeccioso que tanto daño les han hecho a todos los estratos sociales de la capital durante décadas. En la novela, el narrador se refiere al punto donde el alcantarillado se conecta con el río como: ‘el Cauce.’

En el Santiago de aquella época, y aún ahora, había varios Cauces, a los que se bajaba por unas chimeneas naturales. Al Cauce nadie se atreve a entrar sino se lo conoce bien, ni siquiera la policía. Pero no hay pelusa que desconozca los vericuetos de una alcantarilla. (Gómez Morel 187)

La presencia de los alcantarillados que desembocan en el río es sumamente importante en la novela, ya que cumplen la función de conectar la Ciudad y el Río, pero de manera diferente a como lo hacen los puentes. El Cauce conecta estos dos espacios a través del desecho, de lo rechazado, no es tanto una conexión de tránsito como es un lugar donde los desechos de ambos lugares llegan a parar, ya que en el Cauce “viven los niños que por cualquier razón abandonan su hogar y al ir al Río se asustan tanto que este los rechaza” (ídem). Si partimos desde la base que todo niño que llega al Río es, directa o indirectamente, rechazado por La Ciudad, llegar al cauce implica no tener lo que se necesita para sobrevivir

en esta nueva comunidad, siendo también rechazados por el Río, y cayendo en este lugar de tránsito de desechos que no es ni el allá ni el acá, ni el Río ni la Ciudad.

Relación entre ideologías de siglos diferentes

El hablar de ideologías implica hablar necesariamente de constructos discursivos de larga duración, por lo que no es para nada descabellado pensar en que exista una relación directa entre una ideología propuesta por Vicuña Mackenna en 1872 y una novela escrita por Gómez Morel en 1962, pero revisar algunas fechas puede ayudar a identificar con más claridad la conexión entre ambas ideologías.

Para empezar, la canalización del Mapocho propiamente tal no empezó sino hasta 1888 en manos de ingeniero Valentín Martínez (Castillo 112), que, si bien era un proyecto nuevo al de Ansart y que se hace cargo de nuevas problemáticas y desafíos en su conceptualización, sigue estando fuertemente inspirado y permitido por la ideología de la ciudad propia propuesta en 1872. De cierta forma el proyecto de Martínez no es sino una extensión de la visión del intendente hace más de una década atrás, empieza el proyecto que él nunca pudo comenzar, pero con la misma idea de la ciudad propia, y con aún más fuerte influencia del higienismo. La canalización terminó oficialmente en 1892, pero esto solo incluía un pequeño tramo en el centro de Santiago, el resto del proceso se extiende hasta por lo menos 1918, un año después del nacimiento de Alfredo Gómez Morel. Los primeros alcantarillados comenzaron a ser instalados en 1905 (Castillo 148), y para 1915 solo un 48% de la población inicialmente considerada para tener acceso a este servicio contaba ya con éste (149).

Si tomamos en cuenta que, si bien la novela es publicada en 1962, los eventos que ocurren en ella transcurren mayoritariamente entre las décadas de 1920 y 1930, que es precisamente el fin del periodo que Simón Castillo establece para el auge del proceso de modernización de las ciudades latinoamericanas: “un ciclo de cambios urbanos visible en Latinoamérica y otros contextos entre 1850 y 1930” (83).

Finalmente debo agregar que, calza impecablemente que los eventos narrados en la novela no transcurran durante todo el proceso de modernización y canalización del Mapocho en el marco del centenario, ya que la ciudad que conoce Toño y los demás personajes de *El Río* no es una que está en proceso de construcción, sino el producto final de los múltiples procesos desatados por el proyecto declarado por Vicuña Mackenna en *La Transformación de Santiago* en 1872.

El Santiago de 1920-1930 tiene una división clara entre la ciudad propia y los suburbios, demarcado por el camino de Cintura que propone Mackenna, el Mapocho se encuentra mayormente canalizado, con firmes puentes que han logrado anexar los barrios de ultra Mapocho y establecer hermosos y funcionales espacios públicos como la estación y la Vega. Pero no todo salió de acuerdo con el plan, la ciudad ‘bárbara’ a la que tanto le temía Mackenna, se sigue concentrando en la periferia de la ciudad propia, si bien en mejores condiciones que las vistas previo al centenario, siguen siendo sectores complicados y con una alta tasa de mortalidad asociada a problemas de salubridad. Lo que quizás traiciona más a la visión del intendente, es que no toda la ciudad bárbara se encuentra en la periferia, siguen existiendo reductos que se muestran de manera legal ante las autoridades pero que realmente pertenecen a esa clase social, como muchos mercaderes y centros de entretenimiento, pero incluso hay algunos que ni siquiera intentan pasar desapercibidos.

Debajo de los puentes, en las mismas lozas que se dispusieron para controlar las crecidas del ahora encajonado río Mapocho, vive lo más bajo de la ciudad bárbara, delincuentes sin hogar que ni siquiera intentan vivir una vida de bien y esfuerzo, o de aceptar las oportunidades que entrega la ciudad ilustrada, opulenta y cristiana. Una periferia a solo un par de cuadras del centro mismo se mantiene firme bajo el nivel de la ciudad, con una sociedad y reglas propias, que destruyen la imagen de ciudad que había formulado Vicuña Mackenna tantas décadas atrás.

Bajo una mirada dialéctica, y en específico con los términos que propone Alexandre Kojève (heredando, por supuesto, el legado hegeliano), la ideología de la ciudad propia se posiciona como una tesis en 1872, con la ciudad bárbara como su antítesis, pero el Santiago post centenario no es ninguna de las dos. Podríamos quizás tomarla como una síntesis, que sobrevive y supera tanto a la tesis como la antítesis, pero no me sentiría muy seguro diciendo que esta configuración urbana de Santiago y el Mapocho supera a la ciudad propia o la ciudad bárbara, es quizás algo nuevo, diferente, que involucra a ambas pero no es ninguna a la vez, lo que Kojève denomina una “para-tesis” (97), que ejemplifica como dos aristas que emanan desde la tesis y la antítesis, y que convergen en esta nueva posibilidad lingüística.

Si entendemos los proyectos urbanos como la manifestación de un discurso ideológico, que en este caso específico corresponde a la ideología de “la ciudad propia”, (que a su vez está fuertemente influenciada por las ideas higienistas), y a su vez entendemos el discurso como “la asociación de un *texto* y su *contexto*” (Maingueneau 38), puedo decir que el discurso de Vicuña Mackenna se presenta en un contexto de modernización y la necesidad de solventar la cuestión urbana y social, proponiendo y adscribiéndose a la ideología de “la ciudad propia”.

Todo este conjunto se manifiesta, desde la mirada dialéctica, como una tesis que declara su conflicto con la ciudad 'bárbara' como antítesis, y a lo largo del periodo que recorre desde 1872 hasta el post centenario de los 20's y los 30's se va configurando una para-tesis. La cual no supera, pero sí sobrevive al conflicto anterior, estableciéndose a su vez como el nuevo contexto dentro del cual la ideología que se manifiesta en la novela *El Río* constituirá discurso. Generando una nueva relación dialéctica con el discurso de la ciudad propia, pero esta vez desde la marginalidad y diferenciando entre la Ciudad y el Río como tesis y antítesis.

CAPÍTULO III. EL RÍO, BÁRBARO

Oliver Reboul identifica que una de las características más relevantes de las ideologías es su capacidad para dotar a la palabra de poder: “de persuasión, de convocatoria, de consagración, de estigmatización, de rechazo” (12). Cuando una ideología se encuentra en una posición de hegemonía, volviéndose ‘difusa’ al decir del autor, su poder es aún más grande y capaz de consagrar o rechazar verdades, de definir momentos, de configurar contextos.

Si defino el concepto de discurso como “la asociación de un *texto* y su *contexto*” (Maingueneau 38), de esto se sigue que una ideología sea capaz de configurar el contexto de producción, emisión y circulación de un nuevo discurso. Emitido en este contexto, el nuevo discurso es influenciado por la ideología preexistente, sea manifestación de una nueva ideología que surge en relación dialéctica a aquella que configuró su contexto de existencia.

Si el discurso de Vicuña Mackenna, emitido en 1872 (fecha que consideraré como el inicio del “precentenario” para efectos de este informe) logra a través de los años configurar el Santiago del “postcentenario” (décadas de 1920 y 1930, periodo en que ocurren los eventos de *El Río*), es razonable considerar que el discurso manifestado a través de la novela involucra fuertemente el contexto que ha sido definido por aquél discurso de Vicuña Mackenna, emitido desde la ideología de “la ciudad propia”. Cabe entonces hacerme las siguientes preguntas: ¿puede el discurso emitido por los personajes de la novela *El Río* ser, a su vez, la manifestación de una nueva ideología? Y ¿cómo se relaciona esta ideología del postcentenario, con la de “la ciudad propia” del precentenario?

Para intentar identificar una posible ideología dentro de *El Río* pondré énfasis en la sociedad del hampa mapochina, “los hijos del río” como se denominan a sí mismos los

miembros de aquel heterogéneo, pero bien unificado de niños, jóvenes y algunos adultos que viven en el canalizado río Mapocho. Recordemos que, ya sea bajo sus puentes o en pequeñas islas ocultas, con chozas maltrechas y los pocos implementos que requieren para cocinar y sobrevivir, son un grupo de ladrones y delincuentes de poca monta que siguen un estricto código que tiene como propósito cuidar a la sociedad del Río (utilizo mayúsculas para las palabras “Río”, “Ciudad” y otras marcas geográficas urbanas cuando quiero referirme al sentido que le entregan en la novela, ya que allí el narrador utiliza la mayúscula para denotar identidad e importancia) a través del secretismo, la lealtad y la ley del más fuerte.

Es importante entender que esta ideología del Río que pretendo identificar y caracterizar se construye a través de la influencia de las estructuras de la Ciudad, y se define a sí misma en función de su relación con ésta. Tal mimesis se justifica tomando en cuenta que como ideología ‘sectaria’ (Reboul 24), solo tiene como punto de referencia las leyes y estructuras de la Ciudad, de la cual reniegan los hijos del Río. Si bien ideología del Río es influenciada por la de la Ciudad, también se define por su contraposición a esta, entablada en una constante guerra entre el Río, manifestado a través de los actos de los hijos del Río, y la Ciudad, manifestada a través de la opresión de los agentes de la autoridad o incluso otros delincuentes que intentan pertenecer a la Ciudad. Observemos, para ilustrar lo anterior, una cita tomada de la obra:

Quería ver lo que sucedería, me sentí Río, totalmente Río. Me identifiqué con todos los delincuentes, a la espera del avance (...) Recuerdo que miré hacia la Ciudad y escupí despectivamente. Hubo un momento en que al mirar al fraile también me dio ira. Lo identifiqué con otros... Comenzó el avance policial (Gómez Morel 164)

Este fragmento, que corresponde al capítulo *La Batalla*, describe los momentos previos a que se desate un gran enfrentamiento entre la Ciudad, que en este caso se manifiesta

a través de los policías que vienen a invadir el Río en búsqueda de uno de los líderes del hampa, y el Río, representado por los *pelusas* y demás hijos del Río, se defiende de esta invasión tendiéndoles una emboscada con la ayuda de otras comunidades de Santiago: “Venía seguido por los muchachos del barrio Estación, por la pelusería del Matadero y Pila del Ganso. Eran los hijos del suburbio que ya conocían la situación. Llegaban sin saberse cómo.” (161). Este enfrentamiento es sumamente significativo, ya que acuden a ayudar a los hijos del Río comunidades de los suburbios de Santiago, los cuales en su mayoría se encuentran fuera del camino de Cintura propuesto por Vicuña Mackenna, es la ciudad ‘bárbara’ que quedó aislada viniendo a ayudar al Mapocho, la ciudad ‘bárbara’ que se mantiene en el mismo centro de la ciudad ‘propia’.

El Río sabe cuándo uno de los suyos está en peligro y acude sin que lo llamen ni le avisen. No acude a salvar a uno de los suyos; se trata de luchar contra la Ciudad, y lo hace con placer y decidido. Traían garrotes, puñales y odio. (ídem)

La ideología de los hijos del Río se define a sí misma en función de su antagonismo con la Ciudad, se presenta como su antítesis. Pero al mismo tiempo no puede evitar verse influenciado por un contexto que, precisamente, es configurado por esta Ciudad que ha llegado a ser lo que es gracias a una serie de proyectos impulsados por la ideología de la ciudad ‘propia’ desde el precentenario. La ideología del Río es, utilizando los conceptos de Rebour, del tipo ‘sectaria’, ya que aspira a tomar el poder y se define por su conflicto contra la hegemonía de una ideología ‘difusa’, aquella que ya ostenta una posición de poder. De la misma manera que Vicuña Mackenna diferenciaba entre la ciudad ‘propia’ y la ciudad ‘bárbara’, los hijos del Río en la novela de Gómez Morel diferencian entre “la Ciudad” y “el Río”.

Las manifestaciones de la ideología de los hijos del Río

Para caracterizar la ideología de los hijos del Río empezaré utilizando las categorías que propone Julieta Haidar como las cinco formas en que se manifiesta una ideología: “Los aparatos y las instituciones, las prácticas sociales en general, las prácticas sociales discursivas, las estructuras espaciales y los diferentes sistemas semióticos” (Haidar 49). Luego, reafirmaré su categoría de ideología sectaria en los términos de Reboul, autor que también utilizaré para analizar el tipo de legitimación que se le puede atribuir a esta ideología. Después compararé la forma en que se expresa con los cinco rasgos que Reboul propone para toda ideología, y, finalmente trataré los sistemas de exclusión a los que se ve puesta la ideología de los hijos del Río con los conceptos que presentan Foucault y Haidar al respecto.

Aparatos e instituciones: la jerarquía del hampa

La forma en que se manifiesta la organización del hampa del Río es a través de una serie de rangos organizados jerárquicamente, que establecen mecanismos de seguridad y una difícil carrera que debe ser seguida para ascender en el escalafón, como se evidencia en la siguiente cita: “Cómo la Ciudad, el Río también tiene sus jerarquías y los delincuentes son celosísimos de ellas. Hay escalas y cuesta mucho subirlas” (Gómez Morel 157)

No existe un manual escrito y codificado de las reglas y leyes del hampa del Mapocho, toda su extensa y compleja ley se expresa de manera oral y pragmática, de manera que los que no la conocen en toda su extensión siempre tienen alguna idea de cómo funciona. Es a través de hechos particulares que los mismos hijos del Río van aprendiendo los detalles de la ley, muchas veces se refieren, incluso, a que es el mismo Río el que se expresa y emite juicio

a través de sus hijos, aludiendo a una solidez legitimada por la autoridad del mismo Río. Volveré sobre esto, cuando hable sobre el tipo de legitimación de esta ideología.

El aparataje más identificable y consistente de esta ideología es precisamente la jerarquía, ya que la ley del Río posiciona a todos sus hijos en un escalafón ascendente que está estrechamente ligado con lo que voy a llamar “la carrera hamponal”, que consiste en una serie de pruebas e hitos que el ‘pelusa’ debe vivir y sobrevivir para ascender en la jerarquía del hampa mapochina. A continuación, detallaré las pruebas, privilegios y responsabilidades asociadas a los cuatro rangos principales de la carrera hamponal: ‘pelusa’, ‘cabro de Río’, ‘cargador’ y finalmente: ‘choro’.

Partiendo desde la base se encuentra el ‘pelusa’: “Un pelusa es un simple Toño, y nada más” (ídem); tal es la posición base en que empieza cualquier hijo del Río, pero no por ello menos difícil de alcanzar ya que no cualquiera es aceptado por el Río. Para llegar a ser un ‘pelusa’ hay que ser capaz de moverse por la ciudad, se debe tener un origen difícil como la orfandad, no traer atención innecesaria hacia la sociedad del Mapocho y por, sobre todo, nunca haber traicionado la ley. El rango de pelusa es el más bajo, y sin embargo se puede perder, cayendo por debajo de la jerarquía del Río para ser despreciado por el grupo.

Luego, un poco más arriba está “cabro de Río. Escalón superior. Para llegar a él se necesitan unos tres años de permanencia en el Río, y demostrar que se posee iniciativa, decisión y otras capacidades.” (ídem) Aquí ya estamos hablando de la carrera hamponal, que se configura como un símil a las carreras universitarias y profesionales, ya que no solo se detallan los rasgos de carácter que debe tener el ‘pelusa’ para ascender, sino también las disciplinas que debe dominar: “Debe saberse copuchear y escapear. Hurtos ambos que se cometen aprovechando las aglomeraciones de gentes. Hay que soportar sin respingos ni

quejas las flagelaciones policiales” (ídem). Un cabro de Río ya puede llevar a cabo hurtos menores y sigilosos que se aprovechan de las multitudes, pero todavía no está capacitado para planear o ejecutar robos más planificados o complejos.

El siguiente rango es el “cargador, ayudante del ladrón. Uno carga con el producto de los robos y si lo sorprenden, tiene que soportar los golpes sin delatar al compañero” (ídem). Con este nuevo puesto no solo vienen nuevas oportunidades y responsabilidades, sino también facultades en la sociedad el hampa mapochina: “Quién subió este escalón, ya puede entrar en la rueda de los ‘choros’; su voz y opinión son tomadas en cuenta cuando se prepara un delito, pero no decide, es simplemente un observador.” (ídem) La rueda de los ‘choros’ es la instancia de toma de decisiones de los hijos del Río, y el cargador, a diferencia de los rangos menores, posee ya la facultad de voz en ese círculo, pero para conseguir el poder de votar debe ascender al rango de ‘choro’.

“Sólo cuando ya se pasó por las etapas de pelusa, cabro de Río y cargador se puede optar al grado de choro.” (ídem)., No parece haber forma de saltarse etapas dentro de este proceso, puesto que para acceder al rango de choro no solo hay que llevar un buen tiempo en el Río; existen también requisitos “académicos” que deben ser cumplidos: “Para licenciarse hay que dar prueba, entrando el primero al lugar del hecho, soportando las flagelaciones, si hay detención, debe viajar, conocer diferentes cárceles de distintos países, internacionalizarse.” (ídem). Para llegar a ser choro hay que haber demostrado una lealtad inquebrantable al Río, lo que se condice con los mecanismos de autopreservación de esta ideología, pero también hay una serie de factores que, si bien no son excluyentes, sí son parte del “perfil de egreso” que se asocia con el choro del Río: “cantar cuecas achoradas, beber barniz cortado con limón, violar una que otra vez a los novatos que pretenden entrar al mundo

del delito. Esta es una prueba que se exige al principiante: ‘Si este suelta el culo, también suelta al compañero’! (157-158).

La carrera hamponal, y los rangos sobre los que se construye son desafiantes y rígidos. Esto permite que existan ciertas categorías que se encuentran por debajo de ella, otras por afuera, pero también hay algunos rangos que trascienden la sociedad misma del Río para llegar a niveles casi míticos ante los ojos de los ‘pelusas’. A continuación, comentaré cuatro casos especiales de rangos que se posicionan por debajo, por fuera o por encima de la jerarquía hamponal: el ‘hueco’, el ‘choro’ retirado, y el rey del hampa.

La principal categoría de aquellos que caen por debajo de la jerarquía de los hijos del Río es el ‘hueco’, que es un término general para referirse a los homosexuales del hampa: “Para el hampa un hueco es un individuo en toda forma despreciable. Los hay de tres categorías: los declarados, los que lo son en secreto y aquellos que provienen del Cauce” (189)., Aquellos declarados ‘huecos’ pueden vivir entre los hijos del Río, pero son tratados con desprecio y solo son aceptados cuando tienen “alguna virtud especial: que robe bien, que sea un innovador, o que proceda de una familia de hampones” (ídem). Los que lo son en secreto tienen todas las facultades, privilegios y responsabilidades del rango normal que le corresponde, “pero llega un momento en que son aclarados, y ahí quedan señalados para siempre. Pierden su ascendiente así haya sido muy fuerte.” (ídem)

Los que provienen del Cauce son los más particulares, ya que a ese lugar (que corresponde a las alcantarillas que conectan la Ciudad con el Río) solo llegan aquellos niños que son rechazados por la Ciudad, pero no tienen lo que se necesita para avanzar en la carrera hamponal así que también son rechazados por el Río. Son regularmente cazados y violados por choros, que incluso a veces se los llevan a vivir al Río en calidad de ‘huecos’:

Los que provienen del Cauce tienen un destino singular. Saben que un pelusa de alcurnia jamás olvida cómo llegaron al Río y qué les sucedió al ser traídos. Buscan la redención a través de los actos de violencia ostentosa, y con el tiempo derivan en asesinos. Sin embargo, jamás vi que uno matara a su violador.” (ídem)

El ‘hueco’, y sobre todo los ‘huecos’ que provienen del Cauce, viven una vida de eterna servidumbre en el Río, intentando constantemente limpiar su historia con actos de violencia o robos imprudentes y arrojados. No obstante, esa ansia por borrar su pasado nunca los lleva a atacar al Río, y son quizás los más leales por lo mucho que les ha costado ser aceptados en alguna medida por el grupo: “Puede llegar a convertirse el ladrón, más no por eso se le considera delincuente, choro. El grupo lo rechaza hasta que muere. Lo tolera porque roba, simplemente” (190).

Cuando un ‘choro’ del Río decide retirarse existen pocos caminos que puede tomar para mantener algo de respeto dentro del mundo del hampa. Un ejemplo de ellos es establecer o comprar una casa de lenocinio. Esta es una de las categorías que caen no debajo de la jerarquía de los hijos del Río, sino afuera, ya que personajes como el dueño de un lenocinio con pasado delictual es respetado por el Río si mantiene su integridad como delincuente. Pero lo sigue poniendo por debajo de los ‘choros’: “Un hampón en ejercicio vale más que uno retirado” (152). Toño, el narrador protagonista de *El Río*, en el capítulo “Mayita” visita, junto con el Zanahoria (el delincuente más importante y famoso de los hijos del Río en ese periodo) una casa de lenocinio que pertenece a un hampón retirado, y ahí se da cuenta que admira a ambos, pero de formas diferentes ya que el dueño de la casa es alguien que se rindió frente a la Ciudad, mientras que el Zanahoria es la identidad misma del Río: “Ambos se me estaban convirtiendo en símbolos, en espejos de lo que sería cuando mi bamboleo entre la Ciudad y el Río concluyese en caída” (ídem)

El Zanahoria es precisamente la tercera categoría extraña que considero pertinente mencionar, ya que no se sale ni se cae de la jerarquía de los hijos del Río, sino que la supera, lo eleva al estatus de leyenda:

Había oído hablar de él, solamente. Era el personaje legendario del Río, y acaso el más importante. Como muchos de nosotros, se había criado junto a las aguas del Mapocho. Por la descripción que los cauros hacían, por las hazañas que relataban y por el coraje que le atribuían, era para mí un ser fabuloso e inalcanzable. Tal vez era como ese ser de mito y leyenda que todo niño necesita idealizar y amar en su infancia para que su personalidad se realice, (134)

El Zanahoria es el príncipe sin corona del Río, el jefe y líder de todos los ‘pelusas’, ‘cabros’, ‘cargadores’ y ‘choros’ del hampa mapochina. Se cuentan numerosas historias de sus hazañas, robos y riñas, donde él encarna la ideología del Río en la lucha constante contra la Ciudad, del mismo modo en que un caballero heroico hace una guerra santa:

Cuando el Río salía de ronda por los adoquines y calles de la Ciudad, en voz baja, parapetados en los Cauces de las alcantarillas, se hablaba sólo del líder supremo del Río: se recordaba al gran vengador. Evocaban sus robos y las puñaladas que diera a tanto paco. Tales relatos iban metiéndose en lo más hondo del espíritu y con ellos construíamos sólidos edificios de venganza y revanchas sociales. Nos desquitábamos de la Ciudad, mentalmente; injuriábamos e insultábamos al Puente. (135)

Toda la construcción jerárquica de la carrera hamponal funciona como aparato de selección y filtro dentro de la ideología de los hijos del Río, poniendo a prueba a aquellos despreciados por la Ciudad que buscan refugio bajo ella, en este reducto de ciudad bárbara que se esconde bajo los puentes y junto a las bocas del alcantarillado. Y aquel severo aparataje jerárquico es coronado por el rey del Río, que se configura como la materialización de todas las expectativas de los pelusas y choros, y encarna todos los ideales y principios de

la ideología del Río. Así, cuando el Zanahoria actúa lo hace en nombre de todos sus congéneres, pues:

Cada victoria del Zanahoria era nuestra; con ellas y por ellas abofeteábamos la noche helada, a la estrella escondida y a la gente que dormía amando, soñando, fraguando ambiciones y gestando seres tristes (...) nuestros corazones de niños, poco a poco, iban asimilándose al mundo del delito, a sus leyes y revanchas, a sus consignas y conductas; relampagueaba la furia en nuestras pupilas, estrujábamos los dientes sorbiendo hasta la última gota de aquel licor paradisíaco que embellece la vida del paria. Teníamos nuestro personaje heroico” (ídem)

En esta cita se observa el poder inspirador con el que carga la figura, casi mítica, del Zanahoria. Se configura como un modelo a seguir, pero inalcanzable como una leyenda o un héroe, que representa todos los ideales y ambiciones de los muchachos más jóvenes de la sociedad de los hijos del Río.

Prácticas sociales: compartir el café

La práctica de recibir un huésped tiene un arraigo tan profundo en la tradición que la ideología del Río produce también su versión de dicho ritual social. La ley y la jerarquía de la sociedad hamponal mapochina es sumamente estricta respecto a los filtros que impone para llegar, quedarse y cómo permanecer viviendo en el Río ya que una presencia demasiado notoria puede ser perjudicial para el grupo, o incluso podría alguien tratar activamente de infiltrarse dentro de los rangos de los ‘choros’ para luego delatar a la policía de las ubicaciones y escondites de los más altos rangos, que son precisamente los delincuentes más buscados por la Ciudad y sus agentes.

Es por estos estrictos filtros que existen prácticas sociales bastante frecuentes para comunicarle a alguien que puede quedarse en el Río, o que debe irse de este, sin que estas

prácticas impliquen necesariamente un acto de comunicación verbal explícito. Un ejemplo de ellas es el acto de ofrecer café:

“- ¿Tomái pato, Zanahoria? -Dale al curita primero. El gitano alcanzó al sacerdote un tarro lleno de café. El Río había notificado que el padre Antonio tenía derecho a estar ahí. Hasta los quiltros cumplieron, cesando en sus exámenes olfativos de la sotana.”
(160)

En el capítulo “La batalla”, un sacerdote llega al Río para avisar que va a haber un ataque de la policía, ya que están buscando al Zanahoria, que recientemente se había fugado de un recinto penitenciario de la Ciudad. Este sacerdote pide audiencia con el líder, quién al reconocerlo y aceptarlo, indica que primero le sirvan “pato” (café) al curita, como forma de indicarle que es bienvenido en el Río y no va a correr peligro acá.

Una instancia similar ocurre en el capítulo “El Paragüero”, donde en medio de la noche un hombre de aspecto maltrecho, pero de habla elegante pide refugio en la choza donde duermen Toño y Panchín, dos pelusas jóvenes. El mayor entre ambos, Panchín, duda ante la petición de una persona que claramente no es parte de los hijos del Río:

Al fin, mirando las aguas del Río, como si estuviese pidiéndoles permiso, Panchín tomó su decisión: - Si es por la noche, camine. Entre, acuéstese ahí, en ese rincón. Ahí tiene café, si quiere. Mañana de madrugaita tendrá que ilse y antes de que despielten los emás cauros. (141)

La práctica social se configura en tres niveles en este fragmento. Primero, el muchacho busca respuesta mirando hacia las aguas del Río, ya que entiende que la ley proviene de esa fuente y suele expresarse a través de los hijos del Río y que él, al ser el de mayor rango dentro de la choza, es quién debe tomar la decisión. Segundo, al hacerlo entrar pone café a disposición del paragüero, no le ofrece comida ni abrigo, sino café, ya que esta

es la forma en que se le notifica que puede estar en el Río. Tercero, le indica inmediatamente cuál es el periodo durante el que puede permanecer refugiado con ellos, ya que la ley del Río es clara y Panchín sabe que está en terreno complicado al dejarlo dormir con ellos.

Cabe mencionar que, si bien la ley del Río es severa, también puede ser adaptable y laxa cuando se presentan sujetos y circunstancias de las que no hubiese precedentes. En el caso del paragüero, su presencia era tan única y valiosa que se quedó durante tres años en el Río, y estando allí “no robaba, en consecuencia, no ponía en peligro al grupo” (Gómez Morel 142). Por consiguiente, al no inmiscuirse en las prácticas de los ‘choros’, “No fue expulsado del Río porque cumplía una función: perfumaba la cloaca, embellecía la miasma” (ídem). La función que cumplía, y que al parecer la sociedad del Río ansiaba sin saberlo, era la de artista: “En las ruedas de choros por las noches, contaba historias, nos hablaba de mundos remotos, de gentes para nosotros legendaria” (ídem). Es interesante el episodio del paragüero en la novela, ya que solidifica el carácter de sociedad ideológicamente unida de los hijos del Río al recordarnos que toda comunidad humana tiene, a sabiendas o no, la necesidad del arte y la experiencia estética, incluso los ‘choros’ y ‘pelusas’ que viven en el Mapocho. Encontraron saciada, los hijos del Río, una necesidad que no sabían que tenían: “Era para nosotros el artista y como tal se nos hizo indispensable” (ídem); y Toño particularmente vio en el paragüero una capacidad narrativa digna de admiración: “Hoy, al recordar su forma de construir las sentencias, siento reverencia y quisiera escribir como él hablaba” (ídem); y que recordaría durante décadas a propósito de su propio oficio literario.

Prácticas sociales discursivas: emitir juicio y contar cuentos

Existen, dentro de una sociedad regida por un pensamiento ideológico definido, ciertas prácticas que pueden implicar la emisión de un discurso de carácter verbal. En *El Río*,

son dos de estas prácticas las que quiero destacar: el juicio fluvial, y el recibimiento en la cárcel.

La primera de ellas podemos desprenderla del siguiente fragmento: “Panchín fue llamado para que diera cuenta de las novedades ocurridas en la ausencia. Asistí a mi primer juicio fluvial” (Gómez Morel 126), Nuevamente ante los ojos de Toño, el narrador, los aparatos y prácticas propias de la ideología de los hijos del Río se construyen como un símil a los de la Ciudad. En esta instancia los muchachos más antiguos, que vuelven luego de una larga estadía en el reformatorio, interpelan a Panchín, el compañero y mentor de Toño, respecto a los sucesos que han ocurrido en su ausencia, dándole mayor énfasis a como adoptó a su nuevo compañero sin haber pedido permiso a sus superiores jerárquicos. Dada la rigidez y severidad de la jerarquía hamponal, esta acusación es completamente lógica.

En el episodio, los muchachos que acaban de volver actúan como un tribunal, averiguando que tanto ha alcanzado Toño a conocer de la sociedad y las costumbres del Río, mientras que uno de ellos es descrito por el narrador como “el presidente del tribunal” (127), ya que dirige las preguntas y es quién defiende la acusación. El tribunal fluvial no se interesa tanto por la habilidad que haya demostrado Toño para robar, sino su capacidad de ser discreto y proteger al grupo; reprochan a Panchín por haberlo llevado donde los reducidos que compran los artículos robados, ya que ese es uno de los secretos que los hijos del Río guardan más celosamente. Finalmente, al confirmarse los años de lealtad que Toño había mostrado hacía el Río incluso antes de bajar a vivir permanentemente, y el completo respeto que había tenido hacia las tradiciones y secretos de la jerarquía hamponal, se le permite permanecer viviendo allí y aprender como compañero de Panchín. La tensa e inquisitiva instancia termina con un gesto colectivo: “Todos los chicos se me acercaron. Varios me pusieron la mano sobre

el hombro. El líder que hacía de juez supremo dijo: -Ya, cauros. Ahura contemos cuentos. Se acaó el cahuín.” (130), cerrando la práctica social discursiva del juicio fluvial con la de contar cuentos e historias de manera más distendida y social.

La práctica de contar cuentos, segundo de los actos discursivos por los que aquí me intereso, no aplica solo a instancias sociales de distención., Al contrario, estos cuentos también pueden ser relatos reales e importantes que son esperados con ansias en ciertas prácticas sociales. Esto se presenta, por ejemplo, en el capítulo “Rituales”, donde Toño, habiendo asumido voluntariamente la culpa de un crimen que no cometió entra a la cárcel esperando ser recibido con los mayores honores:

Entraré a la cárcel, pensaba, y como un choro que se estima iré a pararme en el rincón destinado a los delincuentes de importancia. No en el medio del patio ni a sus orillas como un gil avivado. Vendrá entonces el líder más notable, o el más antiguo, me saludará con ese fatalista encogimiento de hombros tan peculiar en ellos y me invitará a pasear por el patio. Sé que no hablaremos sobre lo ocurrido en la pesca. No se acostumbra. Pero trataremos ese asunto en la noche, en nuestra celda. (266)

Independiente de que las cosas no se dieran como esperaba Toño, la práctica social es tan propia de la ideología de los hijos del Río que podía predecir cada uno de sus pasos, que se debían dar uno a uno para finalmente poder cerrar con el componente discursivo, contando como se entregó a la policía y confesó luego de aguantar la flagelación, haber cometido el crimen que realmente cometió otro compañero, defendiéndolo con este acto desinteresado. Pero la ley del hampa es rígida y severa, y los compañeros de celda de Toño no actuaron como el muchacho había previsto, sino que entendieron perfectamente sus intenciones: “Usted lo que quiere es limpiarse, amigo” (268), le dijeron, ya que todos saben que Toño es un hueco, y estos actos desesperados por limpiar su historia solo le hacen daño

al grupo. Toño también lo sabe, según se encarga de explicitar como narrador: “El hampa exige que cada cual asuma sus responsabilidades. Cuando alguien hace lo que yo hice por el Poroto, se lo considera un daño al grupo. Elimina la oportunidad para que se sepa quién es firme en las biabas y quién no. En el fondo, eso es ir contra el grupo.” (ídem)

Toño, el narrador y protagonista, vio en la práctica discursiva una oportunidad: la de limpiar su historial de hueco con un acto de extrema valentía y solidaridad, llegando a la cárcel contando cómo asumió la culpa de otro choro, siguiendo con ello también el requisito de la carrera hamponal que exige haber pasado por varios recintos penitenciarios. El problema es que, por tratar de aprovecharse de las prácticas del hampa, traicionó las bases que sustentan toda esta ideología; en lugar de luchar para hacerle la guerra a la Ciudad y proteger a la gente del Río, le quitó la oportunidad a un ‘choro’ de demostrar su firmeza y lealtad, puso su interés personal por encima del interés del grupo.

Estructuras espaciales: el territorio fluvial

El primer nivel de estructuración espacial que establece la ideología de los hijos del Río es la división más importante, ya que sustenta todos los demás preceptos y objetivos de dicha ideología: la separación entre la Ciudad y el Río. Por ejemplo, en este fragmento, tal diferencia estructurante se manifiesta o acentúa a través de la figura del Puente: “Supe que la Ciudad empezaba en el Puente y que la vida auténtica tenía principio en el Río. Del Puente hacia arriba, empezaba nuestra lucha, y era sin cuartel. Del Puente hacia abajo empezaba nuestra libertad, y era sin medida” (Gómez Morel 122). El Puente, si bien es parte de la Ciudad, es el principal camino que conecta ambos espacios, no solo el norte de Santiago con el sur, sino también el arriba y el abajo, la Ciudad y el Río, la ciudad propia y la ciudad bárbara.

La división es tal que, aunque la distancia no sea mucha, los personajes dicen “ir” a la Ciudad, como si se tratara de un viaje a un lugar lejano, y se toman muy a pecho el cuidado que deben tener al subir el puente: “Al llegar el día, por ejemplo, sacábamos lentamente la cabeza por entre los arcos del Puente, subíamos a la plataforma, pero sin perder mucho de vista aquel pilar por el cual habíamos subido, que era nuestra única ruta de evasión.” (119)

Esta división admite ciertas categorías especiales. Existen lugares dentro de la Ciudad que son refugios seguros para los hijos del Río: algunas casas de lenocinio, las diversas locaciones donde se pueden hacer tratos y ventas de manera segura como “la picá de don Segua” (226), u otros lugares icónicos de la Ciudad como la Vega Central, son ejemplos de zonas de robo seguro para los ‘pelusas’. Todas estas locaciones pueden mostrar algún beneficio para los hijos del Río, y con la mayoría se forjan relaciones de interés mutuo durante años, pero nunca se olvida que pertenecen a la Ciudad, incluso si sus dueños o líderes fueron alguna vez ‘choros’ del Río.

Los recintos penitenciarios y los reformatorios son otra situación interesante, ya que ambos son lugares e instituciones que pertenecen por completo a la Ciudad, y los hijos del Río se encuentran encerrados en esos lugares en contra de su voluntad. Pero internamente sus estructuras son muy diferentes; las cárceles permiten, probablemente por conveniencia, que los delincuentes se organicen de las formas que prefieran mientras se mantenga algo de orden, por lo que dentro de ellas se mantiene la jerarquía y las prácticas sociales del Río, casi como una extensión de la sociedad hamponal gobierna dentro de ellas la ley y la ideología de los hijos del Río. Los reformatorios, por otro lado, tienen una estructura mucho más rígida que no permite la práctica libre de la ideología de los hijos del Río dentro de ella, quizás porque quienes dirigen estos establecimientos todavía creen que pueden reeducar a los

jóvenes delincuentes, no para hacerlos gente apta para la ciudad propia, sino para que ayuden a desbaratar las organizaciones criminales de la ciudad bárbara. En este fragmento, por ejemplo, podemos observar el firme dominio que tiene el inspector general del reformatorio sobre las actividades y lecciones que se entregan en este recinto, que más que una versión aislada y contenida de la misma sociedad del Mapocho, como lo es la cárcel, es un verdadero centro de reeducación de la Ciudad, que trata de aprovechar la debilidad de los ‘pelusas’ más jóvenes y susceptibles que llegan a estos recintos:

El Guatón Mazuera, inspector general, todos los días nos daba lesiones de soplaje y delación (...) Tenía su legión de teléfonos con patas, como denominaba a sus confidentes. Era esa una maquinaria de delación y espionaje tan bien montada que en el reformatorio no ocurría nada sin que él lo supiese con anticipación (181)

Entendida la división entra la Ciudad y el Río como el primer nivel de estructuración espacial que establece la ideología de los hijos del Río, y teniendo una noción de los tipos de casos especiales que pueden existir respecto a dominios y aliados del Río en el territorio de la Ciudad, entraré a continuación a la estructura espacial interna del mismo Mapocho.

Para entender la división interna de los dominios de los hijos del Río hay que primero conocer cómo funciona la jerarquía de la carrera hamponal, entendiendo que la línea ascendente desde pelusa hasta choro implica mayores responsabilidades y mayores responsabilidades. No hay que dejar de tener en cuenta que ese avance por la carrera hamponal también atrae mayor atención por parte de la Ciudad y los agentes de la autoridad, por lo que los espacios para diferentes rangos se asignan en función de la distancia que se tiene con los puentes, y, por lo tanto, entregando mejor refugio y escondite frente a los ojos de la Ciudad.

Los hijos que se encuentra en los rangos de pelusa y cabro del Río suelen vivir en la zona canalizada del Mapocho, cerca de puentes que puedan entregar oportunidades de robo sin necesidad de adentrarse mucho en la Ciudad: “Jamás una anciana que iniciara su cruce del Puente, con maletín de mano, pudo llegar al otro lado con ese maletín (...) Cuando era mayor nuestra audacia, nos lanzábamos a la ciudad” (119). Pero, además de las facilidades que esta zona ofrece a sus habitantes a la hora de delinquir, también es un sector que gracias a su canalización y cercanía con el centro de la Ciudad es más seguro respecto a las crecidas del Río, y suele tener más flujo de desechos aprovechables por los muchachos menos experimentados del hampa:

En nuestros dominios abundaban huesos, tarros vacíos, esperanzas y desencantos. El Río frecuentemente amanecía de buen humor y traía cosas aprovechables y comerciales. En el peor de los casos nos regalaba trozos de leña que una vez secos servían para nuestras fogatas invernales. Lo compartíamos todo: perro, choza, miseria y risas (117)

Si bien este es un lugar con suficiente escondite y un recurrente flujo de desechos reutilizables, es su mismo fácil acceso lo que puede ser contraproducente, ya que para los agentes de la Ciudad no es difícil encontrar las casuchas y chozas donde viven los ‘pelusas’: “Nada vimos hasta que nos faltaban pocos metros para llegar a nuestra casucha. Sorpresivamente salieron dos comisionados. Estaban escondidos tras los matorrales.” (133) Pero al ser solo pelusas y cabros de Río, pocas son las situaciones donde la policía les presta demasiada atención y recursos.

En la otra mano tenemos los sectores donde viven los cargadores, los ‘choros’, y el mismísimo líder del hampa, el Zanahoria. Dado que estos son rangos pertenecientes a delinquentes de mayor calibre y notoriedad, suelen preferir locaciones más ocultas y mejor

defendibles, donde puedan tener refugio seguro de los ojos de la Ciudad, y en el caso de librarse una batalla, tener la ventaja de terreno para defenderse ya que “No hay refugio más seguro que el Río, para sus hijos” (135). El escondite donde se refugian el Zanahoria y los demás ‘choros’ de alto calibre se encuentra más alejado de la Ciudad que las chozas de los ‘pelusas’, “Dos kilómetros más allá del último Puente vadeamos las aguas y llegamos a una isla natural formada por una bifurcación de Mapocho” (136). El que este escondite se encuentre tan alejado del último puente nos indica que, en efecto, se encuentra bastante distante del centro de la Ciudad, siendo más cercano a la periferia que la ciudad propia, y que se emplace en una isla permitida por una bifurcación natural del Mapocho sugiere que es una zona que no se encuentra por completo canalizada en el periodo del postcentenario. Este conjunto de elementos caracteriza este refugio como una zona de dominio pleno de la ciudad bárbara, del Río, puesto que acá no llegan ni influyen los proyectos propuestos por Vicuña Mackenna y llevados a cabo por Valentín Martínez en el precentenario: “El Río nos había dado permiso para que entráramos a su santuario más exclusivo e ignorado.” (137)

Existe un tercer lugar perteneciente a la estructura espacial de la ideología de los hijos del Río, que, si bien no es habitado por ellos, sí es parte de los dominios fluviales. Tal como el Puente es la conexión entre la Ciudad y el Río, pero finalmente pertenece a la primera, el Cauce también conecta ambos espacios, pero es parte de los territorios que se adjudica el Mapocho: “El Río tiene su antesala: el Cauce (...) En el Santiago de aquella época, y aún ahora, había varios Cauces, a los que se bajaba por unas chimeneas naturales” (187). Como explicaba en el capítulo anterior, el Cauce es la denominación que da el narrador a la conexión entre el nuevo sistema de alcantarillado de Santiago, con el Mapocho ahora que el Río canalizado podía ser aprovechado como desagüe de desperdicios para mantener más

limpia e higiénica a la Ciudad. Este espacio es habitado por los niños rechazados tanto por el Río como por la Ciudad, y es zona de cacería para los ‘choros’ que buscan satisfacer su apetito sexual con los muchachos que ahí residen.

Toda la ideología de los hijos del Río nace y se sustenta desde como estructura espacialmente el entorno urbano en el que se desarrolla la sociedad del hampa mapochina. Desde la división más importante entre el Río y la Ciudad, hasta las más específicas sobre las divisiones internas de los dominios fluviales en función de los rangos jerárquicos de la carrera hamponal, que divide las opciones de vivienda de los hijos del Río entre: la zona canalizada cercana a los puentes, para los pelusas y cabros de Río, las islas y bosquecillos alejados del centro de la Ciudad y del sector canalizado, para cargadores y choros, y el Cauce, para los que son rechazados por el Río.

Sistemas semióticos: la moda del hampa

Finalmente, en las categorías que Julieta Haidar propone como las formas en que se manifiesta una ideología, están los sistemas semióticos. Esta clasificación bastante general puede ser vista desde muchas aristas y con numerosas expresiones dentro la ideología de los hijos del Río, pero me enfocaré en la que creo que es más clara: la moda.

“-Miren el caurito con guardapeos.” (58) es lo que le dicen a Toño la primera vez que baja al Río a pasar la noche, lleno de miedo y preocupado por el frío nocturno intenta buscar refugio entre los, para ese entonces, desconocidos habitantes del Río. Ellos se fijan de inmediato en los pantaloncitos de golf que lleva el niño, lo que lo distancia inmediatamente de los hijos del Río al punto que el mismo Toño se percata de ello: “Debo haber presentado

un aspecto risible con los pantalones de golf y la chaquetilla parchada porque de pronto me sentí observado despectivamente por unos muchachos.” (ídem)

La moda del Río gira en torno a un principio fundamental, si se le puede sacar un buen precio, se vende y si no, se viste. “No te vamos a hasel na. Pero tenemos que vendel esos pantalones, ¿sí?” (59) es una moda que gira en torno a lo práctico, no usar ropas que se arruinen muy rápido, pero tampoco que se vaya a lamentar demasiado cuando se e ensucien o estropeen. Es por ello por lo que en las múltiples bajadas que hace Toño al Río antes de su transición definitiva, que siempre lo encuentran después vistiendo otras ropas, dado que las suyas fueron vendidas para el sustento del grupo, se viste con la moda del Río: “Vestía un pantaloncito remendado y sucio porque mi ropa había sido vendida cuando se acabó el dinero de las entradas. Tenía el torso desnudo y andaba descalzo y desgredado.” (112)

El Río cuida de sus hijos, y esos hijos se visten de forma determinada; con harapos, ropas sucias, remendadas, demasiado estrechas, demasiado anchas, quizás a torso desnudo o incluso sin zapatos. La razón de fondo es práctica, consiste en no desechar ninguna oportunidad de poder conseguir algo para comer, pero con el tiempo, y sobre todo para los nuevos ‘pelusas’ que llegan al Mapocho, deriva en la idea del uniforme. Se puede reconocer a un hijo del Río por como viste, y hay que tener cuidado con los que llegan vistiendo de otras formas.

Legitimación de la ideología de los hijos del Río

Examinadas las cinco posibles manifestaciones que propone Julieta Haidar, pareciera quedar claro que la creencia de los hijos del Río en la novela de Gómez Morel trasciende la idea de un credo para configurarse como una ideología propiamente tal. Dicho eso,

corresponde pasar a examinar, bajo el lente que propone Olivier Reboul, a qué tipo de ideología pertenece y cuál es la legitimación que la sustenta.

Como he dicho varias veces ya, no se puede concebir la ideología de los hijos del Río sin tener en cuenta la relación dialéctica que establece con la ideología de la ciudad propia que defendió Vicuña Mackenna en 1872. Si en el periodo postcentenario tenemos un Santiago y un Mapocho que, si bien no cumplen con todos los ideales de la ciudad propia, son definidos por los proyectos que se sustentan en dicha ideología, no cabe duda en decir que se trata de una ideología *difusa*, aquellas Reboul define como las que sostienen y justifican el poder en vigencia y que suelen mantenerse en una actitud más pasiva, excepto cuando es necesario reforzar la hegemonía del poder que sostienen y silenciar las ideologías que pueden suponer un riesgo para el estatus quo (Reboul 23).

Si la ideología de la ciudad propia es de tipo *difusa*, entonces solo tiene sentido que la ideología de los hijos del Río esté en la posición naturalmente contraria, siendo del tipo *sectaria*. Para Reboul, una ideología *sectaria* es aquella que aspira al poder y llama al cambio de lo establecido, en contra de la estabilidad e inmovilidad de la ideología *difusa* a la que se enfrenta (24). Podemos ver esto reflejado en el siguiente fragmento: “El Río sabe cuándo uno de los suyos está en peligro y acude sin que lo llamen ni le avisen. No acude a salvar a uno de los suyos; se trata de luchar contra la Ciudad, y lo hace con placer y decidido.” (Gómez Morel 161). Aquí, la ideología de los hijos del Río se define a sí misma desde la confrontación que tiene con la ciudad, y cada una de las pruebas que sus miembros deben pasar en la carrera hamponal está imbuida de ese odio hacia la Ciudad y sus reglas, expresada a través de sus agentes, llamados despectivamente los *giles*: “Una sola cosa nos convence, que actúes duro

y fuerte contra los giles. Cuando pegues, pega firme porque también te darán duro. Atácalos porque los odies, no para buscar nuestra admiración. No lo olvides.” (219)

Los hijos del Río luchan constantemente contra la Ciudad: luchan para incordiarla, por odio, desprecio, rencor, venganza y lealtad. Luchan para burlarse y desafiar la estructura social que los rechaza, que permite que existan seres humanos abandonados desde la niñez y obligados a sobrevivir de maneras primitivas. Así, por ejemplo:

En el resto de la tarde los chicos se bañaron, corrieron por las losas del Río, mendigaron monedas a los que transitaban por el Puente, despulgaron a sus perros, se despiojaron mutuamente, algunos lavaron sus zurcidas camisitas y al llegar la noche, junto al calor de un quiqué, formaron una rueda, sentados en el suelo. Eran los comienzos de la primavera.” (Gómez Morel 104)

Pero la gente del Río no rechaza esa forma de vida ni la toman con autocompasión; la hacen suya, ven libertad en ella, libertad de un sistema que nunca les dio una oportunidad, ni tuvo intención de hacerlo: “El niño vagó, primero por las calles de la Ciudad, y al atardecer tomó rumbo hacia el lugar que recoge a los desamparados de todas las Ciudades del mundo: el Río” (118). Como los desechos de la ciudad de Santiago, estos niños y jóvenes van a dar al Mapocho y se acumulan ahí, forjando una sociedad ignorada hasta que se vuelven un problema. Y a medida que la ideología de los hijos del Río se arraiga más y más fuertemente en los corazones y cabezas de estos niños, más fuerte se hace el odio hacia la Ciudad, y mayor sentido cobra la guerra que luchan contra ella.

Entendida la ideología de los hijos del Río como *sectaria*, corresponde entonces examinar el tipo de legitimación que la sostiene. Olivier Reboul propone dos formas de legitimación: la ideológica, y por lo sagrado.

Nuevamente se hace evidente que la ideología de los hijos del Río se define a sí misma de manera dialéctica con la ideología de la ciudad propia, ya que, en *La transformación de Santiago*, Vicuña Mackenna sostiene toda su ideología a través de argumentos lógicos y racionales: “Este proyecto no admite discusión. Es una necesidad pública antigua i, al propio tiempo, es un brillante negocio para el municipio.” (Vicuña Mackenna 12). Con esto se enmarca también en el ideal modernizante europeo y se justifica fuertemente en las ideas higienistas, que provienen precisamente de la mirada médica y científica con un enfoque salubre y social.

Si la ideología de la ciudad propia se legitima de manera ideológica y racional, la de los hijos del Río, por el contrario, se legitima por lo sagrado y ritual: “Hay algo Mayita que vos lo habís olviao. Sucee que yo no soy cafiche. Yo me la gano choriando, ¿comprendís? ¿Qué diría el Río si me viera cafichando? (...) En esta pregunta estaba encerrada toda una manera de ver la vida, la filosofía del hampa” (Gómez Morel 146). Toda la ley que entrega orden y estructura a la sociedad hamponal del Mapocho proviene directamente del Río, que es el Mapocho y la sociedad del hampa al mismo tiempo, toda la ideología de los hijos del Río se legitima por la voz sagrada del Río, que habla a través de sus hijos: “El líder comprendió que por boca de Panchín había hablado el Río, estaba en su ley.” (147)

Para Reboul, la legitimación por lo sagrado no solo tiene que ver con el origen místico que se le asigna al poder de los reyes y sacerdotes, sino también al proceso de investidura que permite que una ideología se exprese a través de alguien (Reboul 26-27), situación que también se da en *El Río*. No cualquier persona que esté en el Mapocho es parte de la sociedad hamponal; tiene que ser, en efecto, un hijo del Río, y enmarcarse en la jerarquía de la carrera hamponal para que el Río pueda expresar su ley a través de su boca. Esta investidura se da,

por ejemplo, cuando un ‘pelusa’ es oficialmente aceptado por los ‘choros’ de alto rango al demostrar fortaleza y discreción ante la flagelación policial: “Creí recibir un espaldarazo. Me sentí como si en ese instante me hubiesen armado caballero del Río” (138). Este momento puede ser considerado la investidura de un ‘pelusa’, para empezar a ser ‘cabro del Río’, y por tanto se puede expresar a través de él la ley y la ideología del Mapocho.

Nuevamente, y reforzando una vez más la relación dialéctica entre las dos ideologías, este momento es explicado por el narrador a través de un símil con la ideología y las estructuras de la Ciudad:

Volví a la choza, caminando muy lentamente como deben hacerlo quienes reciben el grado de doctor honoris causa en una gran universidad y luego quedan solos frente a ellos mismos paseándose por los parques vetustos de su Ciudad, En el trayecto creo haber tomado conciencia de la nueva personalidad que con tanta vehemencia deseaba y luchaba por obtener: me sentí delincuente (139)

No es necesario que una ideología *difusa* y legitimada de manera racional e ideológica, tenga a su opuesta *sectaria* legitimada por lo sagrado, pero el hecho de que entre estas dos sí ocurra, solo potencia la relación dialéctica de tesis y antítesis de las ideologías contrapuestas en este análisis.

Como decíamos, en la novela se presenta una ideología clara y sólida, que se manifiesta de múltiples maneras y cumpliendo con las categorías propuestas por Julieta Haidar, teniendo especial énfasis en los aparatos e instituciones, y las estructuras espaciales.

La idea de la jerarquía del hampa, expresada a través de la carrera hamponal, entrega todo el esqueleto del funcionamiento práctico de la ideología de los hijos del Río, que deben recorrer diferentes rangos que exigen severos requisitos para poder ascender. Algunos

corresponden a tiempo vivido en el Río, otros a habilidades que deben ser desarrolladas obligatoriamente, y algunos son actitudes que se esperan del perfil de ciertos rangos.

La estructura espacial es la manifestación que evidencia el centro de la ideología de los hijos del Río, el núcleo desde el cual se justifica todas las demás estructuras y manifestaciones. La separación inicial entre la Ciudad y el Río es tanto la razón de la existencia de esta sociedad, como también su consigna constante; la estructura espacial evidencia la confrontación ideológica y el abismo que existe entre las dos ciudades de Santiago que el mismo Vicuña Mackenna podía observar ya en 1872. La segunda separación que hace respecto a los territorios del Río refuerza la jerarquía del hampa, entregando referencias geográficas que están íntimamente ligadas con los procesos de canalización, construcción de puentes, e instalación del sistema de alcantarillado, proyectos propuestos por Vicuña Mackenna y llevados a cabo décadas después por Valentín Martínez.

La ideología es capaz de dotar a la palabra de poder. La ciudad propia tuvo el poder de influenciar el trazado del Santiago del postcentenario, configurando el contexto donde ocurrirían los eventos ficcionales de *El Río*; pero desde allí, o al menos desde el espacio discursivo de la novela de Gómez Morel, se emite otro discurso que es manifestación ideológica de una antítesis, una que intenta usar este poder del cuál es dotado la palabra para desafiar y enfrentarse a la Ciudad, puesto que fue llevada a ser como es por aquel discurso ideológico emitido en el precentenario.

CAPÍTULO IV. ANÁLISIS DEL DISCURSO DE LOS HIJOS DEL RÍO

He definido la ideología de la ciudad propia, establecida en el escrito de Vicuña Mackenna, como aquella que a través de proponer la línea de proyectos de modernización de la ciudad de Santiago y el río Mapocho configura el contexto dentro del cual se enmarcan los eventos narrados en la novela *El Río*. Si entiendo la idea de discurso como la define Maingueneau: “la asociación de un *texto* y su *contexto*” (38), puedo decir entonces que las líneas de modernización propuestas en *La transformación de Santiago* son, en sí mismas, un discurso emitido en el contexto que he llamado precentenario, definido por las problemáticas propias de la urbanidad descontrolada el crecimiento poco predecible de la ciudad, carencias en higiene y salubridad, epidemias y enfermedades propias de zonas con alta densidad de población, y la creciente cuestión social que toma la forma de una cuestión urbana, testimonio de la terrible pauperización y desamparo de las clases bajas.

Este discurso emitido en el contexto precentenario desencadena una serie de eventos y proyectos que transforman a la ciudad de Santiago y el río Mapocho, pasando por la celebración de 1910, para llegar a un periodo postcentenario donde, si bien no se concretaron todos los proyectos y expectativas de Vicuña Mackenna, ya nos encontramos con una ciudad configurada por los lineamientos de la ideología de la ciudad propia propuesta por el intendente en 1876. El discurso emitido en el precentenario, influencia el contexto de 1920-1930, período en que se enmarcan los eventos narrados en *El Río*.

Es así como el discurso emitido por los personajes de la novela, en específico por los hijos del Río, tiene como contexto aquella ciudad heredera de la ideología consolidada en el discurso de Vicuña Mackenna. De este modo se establece en el texto una relación dialéctica

entre ambas ideologías a través del tiempo, teniendo como punto de encuentro la ficción de la novela de Gómez Morel.

Este capítulo tiene como objetivo analizar discursivamente algunos fragmentos de la novela, en específico discursos directos emitidos por ciertos personajes, con el fin de analizar cómo se expresan y evidencian las ideologías delineadas en los capítulos anteriores. Para ello me guiaré con la teoría propuesta por van Dijk en *Análisis del discurso ideológico* (1996), para examinar la manera en que se expresa la diferenciación entre grupo propio (*ingroup*) y grupo ajeno (*outgroup*) en el discurso de los personajes de la novela.

Para este propósito emplearé, en primer lugar, uno de los esquemas de análisis que propone Omar Sabaj en *Tipos lingüísticos de análisis del discurso (AD) o un intento preliminar para un orden en el caos* (2008), específicamente el esquema número 5: “Teoría o ideología (TI) en tipos de texto (TT) asociado a un grupo (G)” (130), que nos permite examinar cómo en un grupo específico, en este caso los hijos del Río en su mayoría, aparece y funciona una ideología, tomando como tipo de texto los diálogos y discursos directos emitidos por estos personajes en la novela.

Como unidad de análisis trabajaré cuatro segmentos de la novela, en orden ascendente dentro de la extensión del libro, tomando en cuenta solo los discursos directos de él o los personajes presentes en cada fragmento. En estos fragmentos examinaré cómo se expresa en cada caso el sesgo ideológico que marca la diferenciación entre grupo ajeno y grupo propio, según la mirada de los emisores particulares y el contexto específico de la novela para la emisión de dicho discurso. Cabe decir que el relato, al ser escrito en primera persona por uno de los hijos del Río, tiene muy pocos diálogos donde se evidencie explícitamente la ideología de la ciudad propia, por lo que la mayoría de los fragmentos que analizaré dan cuenta mucho

más de la ideología de los hijos del Río. Esto no debiese ser realmente un problema, ya que quedó bastante claro en el capítulo dos que el discurso emitido desde la ideología de la ciudad propia se manifiesta no solo a través de escritos y declaraciones de sus arquitectos, ingenieros y políticos afines, sino a través del diseño urbano y los proyectos llevados a cabo en el proceso de modernización de Santiago, sobre todo en la canalización del río Mapocho. La verdadera interrogante no es cómo se presenta la ideología de la ciudad propia en la novela, ya que esta definió el contexto donde ocurren esos eventos, sino cómo se presenta la ideología de los hijos del Río, y las características particulares que puede presentar esta manifestación discursiva, utilizando el lente del análisis del discurso ideológico propuesto por van Dijk.

Fragmento 1: el juicio fluvial

El contexto de este discurso corresponde a una instancia que traté brevemente en el capítulo tres. Aquí, Toño, es juzgado por un grupo de muchachos mayores que dudan de la pertenencia del niño al Río. Puesto que no había nadie con experiencia durante el periodo en que Panchín admitió a Toño en el Río, corresponde ahora que llegaban del reformatorio estos jóvenes de mayor rango dentro de la jerarquía fluvial, juzgar si Toño, en efecto, pertenece al Río y puede quedarse ahí. Este fragmento corresponde al veredicto emitido por el que actuaba como presidente del jurado.

“-Caurito, parece habís sío como toos nosotros. Toos empezamos así. Te vai a queal con nootros, pero no creái que pol eso vai a sel como nootros. Tiene que pasal mucho tiempo toavía. Te’ejamos polque paresís un desamparao. Pero tenís que prometel una cosa... / -Lo que ustedes quieran. / -Nunca vai a il onde un compraol mientras uno de los grandes no te mande. ¿Oíste? ¿Lo prometís? / -...Sí, lo

prometo. / -Hablái muy ajutrao. Tenís que empezar a hablal como nosotros, ¿oísté?
/ -Güeno.” (Gómez Morel 130)

Lo primero que salta a la vista es, en la dimensión tópica del discurso, la gran fuerza que tienen las descripciones autoidentitarias (van Dijk 29). En este fragmento, se describe cual es el “nosotros” desde el que se emite el discurso, lo que van Dijk llamaría el grupo propio. Se hace una descripción de recursos al caracterizar a Toño como un desamparado, una descripción de normas al prohibirle que vaya donde un comprador sin el permiso explícito de un superior jerárquico y una descripción de actividad, al señalarle que debe empezar a hablar como hablan los hijos del Río.

Existe también un énfasis interactivo (van Dijk 27), evidenciado en la forma que se establecen los turnos de habla y las interacciones entre los dos emisores del discurso: el presidente del jurado dicta el veredicto, remarcando las normas y condiciones bajo las cuales se acepta la inclusión oficial de Toño dentro de la sociedad de los hijos del Río, ya que cumple con las características de ser como todos ellos, un desamparado, y durante su tiempo en el Río parece haberse probado lo suficiente frente a Panchín. El joven habla con autoridad y seguridad, mientras que Toño solo responde, en un turno de habla secundario, donde se le da la oportunidad de aceptar o denegar las reglas que se le imponen a su estadía en el Río. Responde concisa y afirmativamente como en un formulario legal, declarando de manera pública que está consciente de todas las condiciones.

La relación entre grupo propio y grupo ajeno que se evidencia en este fragmento responde a una de las máximas más importantes de la ideología de los hijos del Río: “Al Río no entra cualquiera” (Gómez Morel 119). Acá es el joven que actúa como presidente de este jurado improvisado quién traza la línea que separa a los hijos del Río, el grupo propio, de la

ciudad propia, el grupo ajeno, a través de poner cuidado, condiciones y mucha atención a quién pretende ingresar dentro de la sociedad hamponal. Toño es quién se encuentra en el grupo ajeno, justo en la frontera intentando entrar y sentirse parte del grupo propio. El emisor principal del discurso hace gran énfasis entre el “tú” y el “nosotros”, dejando ver ahí la línea entre los dos grupos: el Río que está recibiendo a Toño, y la Ciudad que está siendo dejada atrás.

La dualidad entre el “tú” y el “nosotros” también deja ver que hay más capas en el proceso de ser realmente parte de los hijos del Río, al declararle que no por quedarse con ellos va a ser derechamente parte de ellos, que para que eso ocurra debe pasar un largo tiempo. Esa declaración hace referencia directa a la carrera hamponal y la jerarquía de la sociedad del Río que explicité en el capítulo tres, ya que uno de los requisitos para subir en los primeros escalafones tiene que ver con el tiempo de permanencia en el Río, de ahí en adelante vienen pruebas más específicas de habilidad y carácter, pero la primera barrera para ascender, una vez aceptado, tiene que ver con el tiempo.

En próximos fragmentos se va a seguir evidenciando como, incluso ya dentro de la sociedad de los hijos del Río, existen relaciones de grupo propio y grupo ajeno que separan diferentes niveles jerárquicos. Pero va a seguir siendo sumamente importante la diferencia pragmática entre el ‘estar’ con los hijos del Río, y ‘ser’ parte de los hijos del Río.

Fragmento 2: consejo al salir de la cárcel

La siguiente cita es parte de una conversación entre un veterano del hampa conocido como el Ñato Tamayo, y Toño, donde le aconseja sobre cómo puede recuperar su lugar en el

Río ahora que va a salir de la cárcel. El contexto es particularmente importante, ya que a estas alturas del relato los eventos ocurridos con el Cafiche España ya habían tildado a Toño de ‘hueco’, obligándolo a pasar un buen tiempo siendo rechazado por los hijos del Río.

En la cárcel Toño ve una oportunidad de redimirse a través de ayudar a un ‘choro’ apodado Matasiete, en un arriesgado plan para eliminar a un vigilante de la cárcel. La estratagema implica seducir y ponerse a disposición del ‘paco’ Aceituno el suficiente tiempo para que los sorprendan y el vigilante sea castigado por el alcaide, todo sale de acuerdo con el plan y coincide con que Toño va a ser liberado por ser un menor de edad. Es en ese contexto que el Ñato Tamayo, uno de los hijos del Río con más experiencia en la cárcel le notifica a Toño que podrá volver al Río, y aprovecha de aconsejarle respecto a la forma que debe actuar para poder recuperar un lugar en la sociedad de los hijos del Río:

“Toño, te vas. Bien, te voy a dar un consejo. Trata de comprender que por medio de ciertas actitudes no nos vas a impresionar. Una sola cosa nos convence, que actúes duro y fuerte contra los giles. Cuando pegues, pega firme porque también te darán duro. Atácalos porque los odies, no para buscar nuestra admiración. No lo olvides. Matasiete y varios muchachos estamos de acuerdo en que puedes volver al Mapocho. Vuelve al Río. De ti dependerá su trato. La ubicación que te den. Toma, aquí tienes dinero para el tren.” (Gómez Morel 219)

La separación de grupo propio y grupo ajeno se presenta en dos niveles: en primer lugar una distancia interna entre Toño, que si bien es parte de la sociedad del Río había sido rechazado y exiliado de los hijos del Río luego de los eventos ocurridos con el Cafiche España, y el “nosotros” desde el cual habla Tamayo, que involucra no solo a los hijos del Río en general, sino de manera más específica a los altos rangos de su jerarquía, que son quienes pueden dar el visto bueno para reintegrar a Toño dentro la sociedad que comparten. Este primer nivel de separación refuerza lo que se revisaba en el fragmento anterior, la diferencia

entre 'estar' con los hijos del Río y 'ser' un hijo del Río. Si bien Toño no dejó de relacionarse con el hampa del Mapocho, y en la cárcel compartió celda y labores con gente del Río, seguía sin poder recuperar el derecho a formar parte de la sociedad, seguía siendo del grupo ajeno, hasta ahora que el Ñato Tamayo le informa que puede volver al Río.

El segundo nivel en que se da la separación entre grupo propio y grupo ajeno involucra a la Ciudad y la gente que le sirve y vive de ella: "los giles" a los que hace referencia Tamayo en su consejo, es una forma despectiva de referirse a un grupo, y por el contexto y forma en que lo expresa, solo se puede deducir que se refiere a la gente de la ciudad; la formulación directa y clara de "una sola cosa nos convence", la idea de que es un conflicto recíproco: "también te darán duro", y la manera en que asume el odio hacia ellos: "atácalos porque los odies", todos esos elementos indican que se refiere al grupo ajeno, que es por definición lo que está afuera y en contra del Río, o sea, la Ciudad.

La caracterización despectiva de la gente de la Ciudad como los 'giles', coincide de manera precisa con los rasgos descriptivos que van Dijk identifica como comunes a la hora de describir el grupo ajeno: se presenta como una posición baja y poco prominente, además que se les subestima y se les describe con extrema vaguedad. Solo se define a estos 'giles' en función del odio que un 'cabro' del Río debe sentir hacia a ellos, se argumenta la necesidad de "pegar firme porque también te darán duro", lo que justifica las acciones del grupo propio y agrega una connotación negativa y violenta sobre el grupo propio.

El Ñato Tamayo remarca la línea que separa el grupo propio del grupo ajeno, pero también las distancias y separaciones internas de la misma sociedad de los hijos del Río. El punto más importante de todo su consejo es la aclaración que hace para Toño, donde le explica que no se va a ganar la aprobación del Río a través de ser servicial y hacer favores,

sino solo a través de demostrar verdadero odio hacia “los giles”, en términos de van Dijk; esta autoridad del grupo propio declara que la única forma de ser parte de este grupo, es a través de actuar violentamente contra el grupo ajeno, y demostrar el odio que se siente hacia ellos remarcando lo más posible, y en toda oportunidad, la línea que los separa. Pensándolo en las ideologías expuestas en este informe: solo te puedes ganar un espacio dentro de los hijos del Río, a través de odiar y actuar violentamente contra la ciudad propia.

Fragmento 3: el interrogatorio

Son pocas las instancias en la novela donde la ideología de la ciudad propia se expresa a través de discurso directo por parte de algún personaje, y como dije anteriormente no es el objetivo principal de este capítulo rastrear y evidenciar aquella ideología dentro de los diálogos de los personajes. Dicho lo anterior, el siguiente fragmento corresponde a una breve interacción dentro de un interrogatorio policial al que se ve sometido Toño a voluntad, ya que su intención era dejarse atrapar, y luego de aguantar la flagelación policial, confesar un crimen que no había cometido para así liberar de culpa al Poroto, un ‘choro’ del Río. Esto con el fin de hacer avances en su camino para recuperar la confianza de la sociedad del Río y verse reintegrado dentro de su jerarquía:

“-Y vos, cabro, ¿no tienes nada que contarnos? / -No, señor. Ya no choreo. / -
¿Creís que somos tontos, cabro? ¿De qué vives? / -De limosnas. / -No vengái con
esas. Todos ustedes roban.” (262)

Para empezar, lo primero que llama la atención es la estructura del diálogo y la forma en que se organizan los turnos de habla; claramente estamos en una situación de interrogación donde el investigador hace preguntas y Toño, el interrogado, responde. Esta organización se

ve reforzada por la asimetría de su relación, entre un agente de la autoridad policial y un muchacho en situación de calle del cual se sospecha actividad criminal, esta relación se evidencia en la forma en que se dirigen el uno al otro, mientras el policía le dice “cabro”, Toño le dice “señor”. Esta relación opuesta entre una posición alta y una posición baja es identificada por van Dijk en las maneras en que se representan y describen los grupo propio y grupo ajeno respectivamente (26), y en este caso es particularmente interesante, ya que Toño quiere convencer al policía del crimen que va a confesar, así que juega con su ilusión de autoridad a través de posicionarse a sí mismo dentro del grupo ajeno que el policía rechaza. El muchacho se sitúa por sí solo dentro de esta posición baja versus la prominente del interrogador, para hacerle sentir en poder y marcar fuertemente esa línea de separación entre grupo propio y grupo ajeno.

Toño no solo manipula la percepción del policía a través de posicionarse abajo en la relación de autoridad, sino que también juega con las expectativas del investigador, con las presuposiciones y generalizaciones que hace sobre la gente del Río a la cual pertenece su interrogado; así, Toño juega con el descreimiento del policía para hacer lo más convincente su posterior confesión. El interrogador asume que el muchacho tiene algún delito que confesar: “¿no tienes nada que contarnos?”; a lo que Toño responde directamente hacia sus suposiciones en lugar de responder a lo que le dice: “Ya no choreo”; pero el hombre sigue sin creerle que viva solo de limosnas, y deja ver toda la generalización y presuposición que tiene respecto al muchacho y la gente del Río: “Todos ustedes roban.”

La mirada que tiene el policía se corresponde precisamente a la visión de Vicuña Mackenna sobre los suburbios, que llamaba la “ciudad bárbara”, que contrasta directamente con la ciudad propia, que ya en el periodo postcentenario debía estar plenamente desarrollada

en el centro de Santiago y bien protegida de los suburbios por el camino de cintura. Pero son precisamente los lugares como el río Mapocho los reductos de miseria y periferia que se encuentran en el mismo corazón de la ciudad propia, por lo que su gente, entre ellos Toño, son parte de aquella ciudad bárbara, de la cual se tiene una serie de presuposiciones y generalizaciones: roban, son mentirosos, son sucios, traen enfermedades y se comportan de forma indecente. Van Dijk (26-28) destaca las generalizaciones y presuposiciones como algo común en la descripción del grupo ajeno.

Fragmento 4: conflicto en la cárcel tras jugar a las bolitas

El último fragmento que voy a analizar corresponde a un evento que ocurre en la segunda estadía de Toño en la cárcel, donde se estaba llevando a cabo una partida de bolitas en el patio del recinto penitenciario; de esta actividad participaban principalmente choros e hijos del Río, destacando entre ellos el Gitano, un hampón de renombre y trayectoria que goza de una posición de autoridad en la cárcel. El conflicto estalla cuando el Milico, otro jugador, frustrado por la habilidad de el Gitano le dice: “¿Vos te creís que estái tirando piedras al Río, Gitano?” (Gómez Morel 277), lo cual es una extrema ofensa para el Gitano, no por el hecho que lo injurie a él, sino por que habló despectivamente del Río, por lo que responde: “¿Qué tenís que hablal del Río vos, pillo’e Cana? Límpiate el hocico primero, guanaco.” (ídem) El conflicto escala ya que el Milico no es un hijo del Río ni un ‘choro’, es un ‘pillo de cana’, un delincuente que suele vivir en las cárceles vendiendo contrabando. El fragmento que voy a analizar es el discurso con el que el Gitano pone al Milico en su lugar:

“En la cácel mandamos nootros. Vos, no. Si vivís acá y estái a veces con nosotros y si conocís nuestras costumbres y sabís las cosas de nootros es polque te lo habís

pasao toa la vía en cana. El lairón de veldá viene acá cuando lo obligan. Vos obligái a los pacos a que te traigan. En la calle no te la poís, ¡y venís a hablal del Río!... Venís aquí y prestái plata en la ropa que nos choriamos ajuera. Vendís pan, té, azúcar, te aprovechái de nuestra pobreza. Si a veces te damos bola es porque queremos sacalte algo, que nos prestís plata o nos larguís al fiao alguna cosa pa comel. Selvís pa una sola cosa, como toa tu vía habís estao en cana nos conocís a toos y sabís la historia de toos los choros. Ti aprovechamos pa saber la filme y conocel cuáles son los choros con mancha y cuáles los limpios. Es pa lo único que selvís, y venís a limpiate el hocico con el Río. ¡Y todavía te atrevís a jugal a las bolitas con nosotros!" (278)

Este discurso pone especial énfasis no solo en demarcar la línea que separa el grupo propio del Río con el grupo ajeno de la ciudad, sino también en caracterizar al "pillo de cana" como un ser deplorable, que cumple con ciertas características e infringe ciertos valores que lo hacen digno de rechazo por parte de los hijos del Río.

Sintácticamente el discurso se organiza en la comparación y el contraste, va y viene entre caracterizar al Milico y explicar por qué es diferente y ajeno al grupo de los verdaderos delincuentes que conviven en esta prisión, posicionándolo en un lugar deplorable en comparación con el Gitano y su gente. Quienes se ubican en un lugar alto y prominente desde la mirada del grupo propio, "El lairón de veldá viene acá cuando lo obligan. Vos obligái a los pacos a que te traigan. En la calle no te la poís". En ese contexto, el Gitano y los hijos del Río serían ladrones de verdad, que pueden vivir en la calle, actividad que implica ponerse en conflicto con la Ciudad, que es la facción e ideología que ejerce soberanía con la calle; el 'pillo de cana' no tiene lo que se necesita para vivir en la calle haciéndole la guerra a la Ciudad, por lo cual prefiere mantenerse en la cárcel. Esa postura cobarde y cómoda es una afrenta directa al principio que revisaba en el fragmento número dos, donde Ñato Tamayo explica que la única forma de ganarse la aprobación del Río es a través de mostrar odio y

fuerza en contra de la Ciudad, el ‘pillo de cana’ no tiene ese valor, y de hecho se aprovecha de lo que la ciudad ofrece al vivir en la cárcel y hacer negocio con ello, sin realmente ser leal al hampa.

Dentro de los tópicos descriptivos que propone van Dijk en su análisis del discurso ideológico (29), aquí se dan varios ejemplos de ellos que pueden ser entrelazados los unos con los otros. Empezando por una serie de descripciones autoidentitarias del grupo propio que cumplen una función de contraste con el grupo ajeno, se define quiénes son y qué se espera de los ladrones de verdad, de los ‘choros’, en comparación con el ‘pillo de cana’. Estas caracterizaciones se ligán con descripciones de actividad, ya que todo el conflicto comienza por que el Milico no debería pretender tener derecho de jugar a las bolitas libremente con los hijos del Río: “¡Y todavía te atrevís a jugál a las bolitas con nosotros!”. También se describen las actividades del Milico como un ‘pillo de cana’, explicando y criticando que al parecer ha pasado toda su vida en la cárcel y que se siente cómodo ahí, vendiendo víveres y favores a los delincuentes de verdad. Estas actividades se ligán a su vez con descripciones de normas y valores, ya que las actividades del Milico son consideradas deplorables para el grupo propio, “te aprovechái de nuestra pobreza” le dice el Gitano cuando describe sus actividades de vender comida e información en la cárcel, pero por lejos lo que encuentra más deplorable es que encima de todas esas cosas “y venís a limpiate el hocico con el Río”.

Esta descripción de valores se relaciona con una de relación y posición, ya que el conflicto central no está en lo que el Milico hace para sobrevivir, y que el Río desprecia, pero acepta a esos personajes de la Ciudad que hacen tratos con la gente del hampa, lo que no es aceptable es que dichos personajes no sepan su lugar, que crean estar a la altura de los ladrones de verdad. Los hijos del Río son un grupo que se relaciona con los “pillos de cana”,

a pesar de que sirvan a la ciudad, pero hay una diferencia fundamental que se evidencia en el uso del ‘nosotros’ y el ‘vos’ en el discurso del Gitano, demarcando un grupo propio que es plural contra un grupo ajeno que es singular, un Ríó plural y leal contra un “pillo de cana” que cree ser parte del hampa, cuando en realidad se aprovecha de ella.

El discurso recurre también al uso de reiteraciones, sobre todo para darle énfasis a las oposiciones que propone: repite regularmente la oposición entre el ‘nosotros’ y el ‘vos’, remarcando la distancia que expliqué anteriormente; también repite la idea de que el Milico ha pasado toda su vida en la cárcel, y por ello solo sirve para conseguir favores e información dentro de ella: “Selvís pa una sola cosa” le dice recurrentemente como una forma de recordarle cuál es su lugar dentro de la cárcel y por qué se puede relacionar en cierta medida con los ‘choros’ de verdad.

Finalmente, se hace necesario mencionar el elemento fonológico que se ve representado de manera gráfica en el final del fragmento: “¡Y todavía te atrevís a jugal a las bolitas con nosotros!”. Esta exclamación, que viene a cerrar el discurso del Gitano hacia el Milico cumple dos funciones: primero redondea el conflicto que fue detonante para toda la discusión, argumentando la conexión de todo lo dicho con el conflicto actual; en segundo lugar, sirve para escalar el conflicto con el aumento de volumen y entonación que representan los signos de exclamación, lo cual anuncia que el conflicto procederá a una situación violenta.

Resumen del análisis

El esquema que propone van Dijk para el análisis del discurso ideológico resulta ser particularmente apropiado para analizar los discursos directos emitidos por los personajes de

El Río, ya que la oposición entre las ideologías en conflicto dentro de la novela calza de manera excepcional con la relación de grupo ajeno y grupo propio, dándole por supuesto, mayor énfasis a la ideología del grupo al que pertenece el narrador: los hijos del Río.

Dentro de los resultados que arroja el análisis de estos fragmentos hay dos elementos principales que me interesa destacar.

En primer lugar, los múltiples niveles en los que la ideología de los hijos del Río establece límites que separan grupo ajenos del grupo propio central, forjando diferentes barreras dentro del mismo grupo que permiten mantener afuera y a prueba a ciertos personajes que creen ya pertenecer al grupo propio, como es el caso de Toño y el Milico. El primero vive dos expresiones de estas divisiones internas: en primer lugar, cuando vivía en el Río con Panchín pero no era oficialmente uno de los hijos del Río, y tuvo que dar prueba y justificarse frente a un tribunal fluvial para ello, lo cual le da derecho a ‘estar’ pero no a ‘ser’; en segundo lugar, cuando fue excluido de la comunidad por ser un ‘hueco’ y, si bien convivía con los hijos del Río de manera territorial, tuvo que ganarse el derecho a entrar nuevamente en los círculos jerárquicos del hampa. Todo este entramado de círculos cada vez más internos y cerrados cumple la función de mantener leal y segura la sociedad de los hijos del Río, la jerarquía y la carrera hamponal, que van de la mano con las estructuras espaciales, mantienen seguro al grupo bajo la máxima de que “Al Río no entra cualquiera” (Gómez Morel 119).

Esta multiplicidad de situaciones capaces de mantenerte excluido del grupo propio, desde la mirada de los hijos del Río, no solo se da para aquellos personajes fácilmente identificados con la Ciudad, como un policía o un sacerdote, sino también con aquellos que caen fuera o por debajo de la jerarquía hamponal, y se relacionan regularmente con los hijos

del Río, pero deben tener claro que no por ‘saber’ sobre la sociedad del Río, ni ‘estar’ junto a ellos, tienen derecho a ‘ser’ un hijo del Río, un ‘choro’, un hampón.

En segundo lugar, de las muchas descripciones tópicas en los diferentes discursos analizados, las más numerosas son las autoidentitarias, que van Dijk define como “Quiénes somos, de dónde venimos, cuáles son nuestros atributos” (29), y construye todo su esquema asumiendo que todo grupo propio pretende hacerse ver bien frente al público, mientras expone los rasgos negativos del grupo ajeno. Pero el discurso de los hijos del Río no parece cumplir por completo con esa idea. El fragmento número uno, en efecto, trata de mostrar la compasión que funda la unidad del Río: “Te’ejamos porque paresís un desamparao” (Gómez Morel 130), pero le da especial énfasis a hablar de una forma que públicamente sería considerada incorrecta por los puristas de la lengua castellana, y un grupo propio no debería enorgullecerse de un valor negativo como es el habla marginal. El segundo fragmento va a más extremos respecto a esta idea, declara explícitamente que el centro de la ideología de los hijos del Río es el odio y la violencia: “Cuando pegues, pega firme porque también te darán duro. Atácalos porque los odies, no para buscar nuestra admiración” (219); ese tipo de caracterizaciones suelen ser mostradas como negativas en el esquema de van Dijk, y apropiadas para describir al grupo ajeno, no al grupo propio. El fragmento número tres tiene elementos de ambos lados, pues por un lado, muestra señales de autocompasión y descripción de recursos, en este caso la falta de ellos en los verdaderos ladrones que van a dar a la cárcel, pero luego muestra orgullo y renombre alrededor de la idea de ser un ladrón de verdad, de robar y aguantar en la calle, caracterizando negativamente al ‘pillo de cana’ que se dedica a vender cosas e información, una actividad probablemente ilegal pero mucho menos violenta.

Pareciera ser que la visión de grupo propio y grupo ajeno desde la ideología de los hijos del Río se encuentra trastocada o invertida, las características que el esquema de van Dijk asocia como buenas y propias del grupo propio, acá son usualmente ignoradas, mientras que las negativas y asociadas usualmente con el grupo ajeno aparecen como razón de orgullo y renombre para las descripciones autoidentitarias que hacen los hijos del Río. Este fenómeno pareciera nacer del completo rechazo que hace el Río, no solo de la autoridad de la ciudad, sino también de sus esquemas morales, lo que la ciudad “ilustrada, opulenta, cristiana” (Vicuña Mackenna 24) valora y aplaude, no puede tener arraigo ni poder en la ‘ciudad bárbara’, por lo que el sistema de normas y valores se estructura de manera bastante diferente en varios puntos, lo cual no deja para nada obsoleto el esquema de van Dijk, sino por el contrario, es a través de él que este fenómeno puede ser identificado.

CONCLUSIÓN

Comencé este informe preguntándome si es que la mirada de Walter Benjamin respecto a la literatura en relación con proyectos urbanos podía ser aplicada a algún segmento de la literatura chilena. Pero como esa es una pregunta que para obtener una respuesta satisfactoria requeriría un examen exhaustivo de nuestra literatura nacional, decidí acotarla a una sola obra: *El Río*, preguntándome si es que existirá en esta novela alguna influencia o efecto de las políticas y proyectos urbanos propuestos por Vicuña Mackenna en *Transformación de Santiago*. Esta es la hipótesis de lectura que, con varias acomodaciones que detallaré a continuación, pude corroborar satisfactoriamente.

Bien podría decirse que en este informe discutí dos urdimbres: el tejido urbano de comienzos de siglo XX y el texto literario escrito por Gómez Morel. Para poder relacionar ambas obras tuve que fijarme en ellas no como textos, sino como discursos. Seleccionando algunos proyectos específicos desencadenados por la obra de Vicuña Mackenna y tomándolos como expresión discursiva de la ideología establecida por el intendente en 1872, identifiqué primero lo que aquí se denominó la ideología de la ciudad propia. Para la novela, decidí fijarme no en la obra como discurso en su totalidad, sino en la emisión discursiva de algunos personajes dentro de la narración, de la que se desprende que existen en un Santiago construido en el estilo de la literatura realista, por lo cual toma como contexto la ciudad configurada por los proyectos urbanos de Benjamín Vicuña Mackenna.

Una vez definido el ámbito ideológico como el campo de interacción entre el urbanismo y la obra literaria, tuve que seleccionar sobre cuál de todos los escenarios urbanos de la novela iba a poner énfasis a lo largo de mi análisis. Esta operación, llevada a cabo en el primer capítulo, no tuvo como intención definir los episodios de la novela que iba a utilizar

en este informe (limitándome a utilizar solo fragmentos que ocurriesen en la cárcel, por ejemplo), sino a definir qué espacio es el más relevante para la construcción de la novela. Esto me permitió más adelante rastrear los proyectos urbanos específicos asociados a dicho espacio, develando la ideología subyacente a esa empresa para poder examinarla en relación con la ideología de los personajes de la novela, en cualquiera de sus episodios.

No resultó una sorpresa que, de entre todos los espacios urbanos representados en la novela, el río Mapocho fuese aquel que cargaba con mayor peso en la construcción del relato, dotando de importancia y significado a todos los demás escenarios narrados.

El segundo capítulo lo dediqué a delinear y caracterizar la ideología de la ciudad propia, propuesta por Vicuña Mackenna en 1872. Esta ideología, que configura la ciudad de Santiago tal como es representada en la novela de Gómez Morel, propone una serie de proyectos que tienen como sostén la idea de una ciudad ‘propia’ que, siguiendo lineamientos higienistas y tratando de hacerse cargo de la ‘cuestión urbana’, debía ser sometida a un proceso de modernización inspirado por las grandes capitales europeas. En la ideología de Vicuña Mackenna, la ciudad ‘propia’ tiene como antítesis a la ciudad ‘bárbara’, que el intendente identificaba principalmente con los suburbios marginales de Santiago.

Dentro de los proyectos impulsados por Vicuña Mackenna, que en su mayoría serían llevados a cabo por el ingeniero Valentín Martínez, destacan aquellos que tienen relación directa con el río Mapocho: canalización, construcción de puentes, espacios públicos y la instalación de un sistema de alcantarillado. Estos proyectos fueron planeados y llevados a cabo a través de varias décadas con la ideología de la ciudad propia de trasfondo, apuntando hacia una ciudad civilizada, culta y limpia. Y también son los que configuran el Mapocho en el periodo representado en la novela de Gómez Morel, donde al parecer el río no cumple con

las expectativas impuestas en el discurso de Vicuña Mackenna, sino que se erige como una periferia en el mismo corazón de la ciudad, un reducto de la ciudad bárbara que atraviesa toda la ciudad propia.

El tercer capítulo consistió en identificar y caracterizar la ideología seguida por la mayoría de los personajes de la novela, específicamente aquellos que pertenecen a la sociedad del hampa mapochina. Esta ideología que denominé 'la ideología de los hijos del Río' calza con varios criterios que la identifican como una ideología propiamente tal, específicamente en su forma de legitimación por lo sagrado, su carácter sectario (opuesto a una ideología difusa) y sus cinco tipos diferentes de manifestaciones (acomodados a la taxonomía de Julieta Haidar). De dichas manifestaciones, las que cargan con mayor peso dentro de la ideología de los hijos del Río son principalmente dos: (a) la jerarquía del hampa, que a través de la carrera hamponal establece todas las pruebas y requisitos para entrar a la sociedad de los hijos del Río y lograr ascender entre sus rangos; y (b) las estructuras espaciales, que no solo definen las divisiones internas de los diversos territorios del Mapocho, sino que se hace cargo también de la separación más importante para esta ideología, aquella que existe entre la Ciudad y el Río.

Una vez identificada la ideología de la ciudad propia, que configura el contexto de emisión del discurso de los personajes de *El Río*, y caracterizada la ideología de los hijos del Río, con sus diferentes manifestaciones y características, el cuarto capítulo apunta a evidenciar y analizar diferentes emisiones discursivas que se rigen por esta ideología.

A través de una serie de fragmentos que corresponden a discursos directos emitidos por personajes de la novela, y utilizando el esquema del 'análisis del discurso ideológico'

propuesto por van Dijk (1996), se evidencia plenamente la carga ideológica de dichos discursos emitidos por ‘hijos del Río’.

Las diferentes características que atribuyen a los grupos de pertenencia y a los grupos ajenos no se condicen siempre con los establecidos como parámetros por van Dijk. Esto se debe a que el rechazo que sienten los hijos del Río por la Ciudad no se limita solo a un conflicto territorial o legal, sino que trasciende a todo un sistema de valores y normas, llevándolos a rechazar las ideas de civilización y seguridad que la ciudad ‘propia’ de Vicuña Mackenna tiene como baluarte, ya que son precisamente esas normas e ideales de prosperidad los que han traicionado y dejado de lado a los niños que van a dar al Río.

Pero no son solo externas las separaciones entre *grupo propio* y *grupo ajeno* que permiten observar el análisis del discurso ideológico dentro de la ideología de los hijos del Río. Aparte del gran cisma entre la Ciudad y el Río, que se define como el lineamiento central de esta ideología, existen numerosas barreras internas que tienen como función filtrar y poner a prueba los numerosos candidatos que quieren entrar a la sociedad de los hijos del Río, y posteriormente ascender entre sus rangos. Estas separaciones internas de *grupo propio* y *grupo ajeno* responden a uno de los mecanismos de defensa y fortaleza del hampa del Mapocho: el principio de que no cualquiera puede entrar al Río. Es esta severa declaración, sumada a lo duras y de larga data que son muchas de las pruebas y requisitos, lo que fortalece y entrega a orgullo a la sociedad del hampa, que tiene que buscar la forma de hacerle frente a un enemigo tan grande y poderoso como lo es la Ciudad.

Respondiendo a mi interrogante inicial puedo decir que sí, existe una relación estrecha entre los proyectos urbanos adscritos a la ideología de Vicuña Mackenna, y la

ideología de los hijos del Río expresada a través de los discursos emitidos por algunos personajes de la novela.

A la hora de relacionar el aspecto urbanístico de la ciudad Santiago con la literatura urbana en el caso específico de la relación entre los proyectos del centenario y la novela de Gómez Morel, he podido concluir que no solo son representados dentro de la novela, en un estilo realista, los espacios urbanos diseñados y configurados por dichos proyectos urbanos, sino que generan a su vez un conflicto ideológico, que conecta en relación dialéctica el discurso urbano con el discurso de los personajes de la novela. Esto quiere decir que la ciudad no opera apenas como telón de fondo de la ficción narrativa; que el texto literario, en tanto discurso, es también una consecuencia muy real de las pautas ideológicas que configuraron el tejido urbano de Santiago a comienzos del siglo XX.

En 1872 Vicuña Mackenna propone, en el contexto de una urbe enferma y fuera de control, una antítesis que se opone a dicha ciudad decadente e infecciosa y que al ser emitida desde una posición de poder político y económico. Tiene la tracción suficiente para transformar la ciudad en un proceso que toma décadas para culminar en la celebración del centenario en 1910, periodo tras el cual la ciudad no es lo que era antes del discurso de Vicuña Mackenna, pero tampoco es por completo el ideal que el intendente tenía en mente. La ciudad como contexto fue influenciada y configurada por el discurso ideológico emitido en *Transformación de Santiago*.

En 1962, Gómez Morel publica una novela que toma lugar principalmente en las décadas de 1920 y 1930, representando dentro de ella la ciudad de Santiago postcentenario, que había sido configurada por el discurso de Vicuña Mackenna. Pero ahora esta ciudad es la tesis, y dentro de la ficción narrativa de *El Río*, son los hijos del Río los que presentan la

antítesis, observando la misma separación que hacía el intendente en 1872 entre la ciudad ‘propia’ y la ciudad ‘bárbara’, pero renegando del ideal modernizante, y hablando desde la que Vicuña Mackenna nombraba ciudad ‘bárbara’, los hijos del Río ven esa división entre la Ciudad y el Río.

Esta relación dialéctica que se establece entre ambas ideologías a través de sus emisiones discursivas es particular a este caso específico, pero el modelo de análisis que he propuesto en este informe podría, eventualmente, ser aplicado a otras ciudades, obras literarias y periodos históricos apropiados, por lo que delinearé brevemente las partes del esquema que desarrollé.

Primero hay que identificar los espacios y escenarios presentes en la obra a analizar, además de los periodos históricos representados en ella. Luego corresponde rastrear los proyectos urbanos que crean o configuran los espacios escogidos de la novela, este paso nos va a permitir identificar los personajes que están detrás de dichos proyectos, pero más importantemente; nos debería dar la oportunidad de descubrir los lineamientos ideológicos que se encuentran detrás de la planificación y ejecución de aquellos proyectos urbanos.

El tercer paso consiste en identificar y caracterizar la ideología presente en la obra literaria a analizar, ya sea considerándola en su totalidad como emisión discursiva, o seleccionando el discurso directo de algunos personajes que se desarrollen dentro de ella para poder observar expresiones ideológicas más específicas dentro de la ficción narrativa.

Finalmente; una vez identificada por un lado la ideología urbanista, por el otro la ideología en la obra literaria, y los espacios urbanos que conectan ambas, solo queda analizar discursivamente sus expresiones para examinar la manera en que se relacionan.

Considero imperante dejar de simplemente aceptar las ciudades como son en la literatura, sobre todo en un contexto donde la mayoría de nuestra existencia gira alrededor de grandes urbes. Hago el llamado a ya no solo preguntarnos: “¿qué pasa en la ciudad?” O “¿cómo es la ciudad?”, sino empezar a cuestionarnos: “¿por qué es la ciudad?” Y “¿cómo llega a ser la ciudad?”, preguntas que indiscutiblemente nos van a llevar a un “¿quién?”, y esos ‘quienes’ actúan siempre guiados por una ideología.

Las ciudades en la literatura son más que solo un escenario o un paisaje, son una manifestación ideológica. Y la ciudad no existe sólo en su arquitectura, en sus edificios y pavimentaciones: existe también en la idea de quienes la diseñaron y, por qué no, en el pensamiento y la experiencia de quienes resienten tales decisiones. Se hace necesario pensar en cómo se expresan los cuerpos que, como los ‘hijos del Río’, resisten la modelización de su territorio: las protestas, las tomas de terreno o las casas ‘okupa’ son algunas de las respuestas más fácilmente reconocibles de estos disidentes, pero tal vez sí existe una literatura de los marginalizados por la ciudad. *El río* es su ejemplo canónico.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía principal

- Gómez Morel, Alfredo. *El Río*. Santiago de Chile: Tajamar Editores, 2014.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *La Transformación de Santiago*. Santiago: Impr. De Oreste L. Tornero, 1872.

Bibliografía crítica

- Abellán-García, Álvaro. “De la Dialéctica a la Dialógica”. *Mar oceana: Revista del humanismo español e iberoamericano*. 2012, número 31: 97-126.
- Barthes, Roland. *Elementos de semiología*. Trad. Alberto Mendez. Madrid: Alberto Corazón Editor, 1971.
- Benjamin, Walter. *Iluminaciones II. Baudelaire. Un poeta en el esplendor del capitalismo*. Trad. Jesús Aguirre. Madrid: Taurus Ediciones, 1972.
- Castillo, Simón. *El Río Mapocho y sus riberas, espacio público e intervención urbana en Santiago de Chile (1885-1918)*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2014.
- de Beaugrande, Robert Alain y Dressler, Wolfgang Ulrich (1997) *Introducción a la lingüística del texto*, Editorial Ariel, Barcelona, España
- Eagleton, Terry. *Ideología, una introducción*. Trad. Jorge Vigil Rubio. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A, 1998.
- *El Ferrocarril*, 28 de abril de 1872
- Fernando Pérez y José Rosas. “Cities within the city: urban and architectural transfers in Santiago de Chile, 1840-1940”, *Planning Latin America’s cities 1850-1950*, Arturo Almandoz ed. (London: Routledge, 202)
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. 6a. ed. en Fábula. Barcelona: Tusquets, 2011.
- Haidar, Julieta. *El poder y la magia de la palabra. El campo del análisis del discurso*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2000.
- Harvey, David. “La dialéctica”. *Revista Territorios*, núm 39, 2018, pp. 245-272.
- Horace Rumbold. *Le Chili. Rapport de M. Horace Rumbold, Ministre de la Grande Bretagne a Santiago; sur le progrès et la condition générale de la*

République.

Traduit du livre bleu présenté aux deux chambres par ordre de Sa Mjjesté, Paris. 1877. p. 45.

- Kojève, Alexandre. “¿QUÉ ES LA DIALÉCTICA?”. *Revistas de Ciencias Sociales* (Cr), vol. I, núm. 139, 2013, pp. 91-102.
- Maingueneau, Dominique. *Términos clave del análisis del discurso*. Trad. Paula Mahler. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.
- Novick, Alicia. “El urbanismo en las historias de la ciudad” en *Revista de investigación del Centro de Estudios Históricos Arquitectónico-Urbanos* 1 (2003), Mar del Plata: Facultad de Arquitectura y urbanismo, Universidad de Mar del Plata.
- Reboul, Oliver. *Lenguaje e ideología*. Trad. Milton Schinga Prósper. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Romero, Luis. *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile. 1840-1895*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997.
- Sennet, Richard. *El declive del hombre público*. Barcelona: Península, 1978.
- Theodore Child, *Les républiques hispanoamericaines*, París, 1891, p. 109.
- Tornero, Recaredo. *Chile Ilustrado*. Valparaíso: Libr. Del Mercurio, 1872.
- van Dijk, Teun. *Análisis del discurso ideológico*. Trad. Ramón Alvarado. México: UAM, 1996.